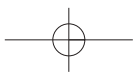


## La insurrección que viene





His master's voice.

Comité invisible

# La insurrección que viene



**melusina** [sic]

Título original: *L'insurrection qui vient*

[www.soutien11novembre.org](http://www.soutien11novembre.org)

© De la traducción del francés de *L'insurrection qui vient*: Yaiza Nerea Pichel Montoya

© De la traducción del francés de *la Mise au point*: José Pons Bertran

© Editorial Melusina, S.L., 2010  
[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

Diseño de cubierta: David Garriga

Reservados todos los derechos de esta edición

Primera edición, junio 2009

Segunda reimpresión, agosto 2010

Depósito legal: B-34.668-2010

ISBN-13: 978-84-96614-73-4

ISBN-10: 84-96614-73-5

Impreso en España

## CONTENIDO

*Introducción: Puesta a punto* 9

## LA INSURRECCIÓN QUE VIENE

Desde cualquier ángulo... 29

Primer círculo 35

Segundo círculo 43

Tercer círculo 55

Cuarto círculo 69

Quinto círculo 81

Sexto círculo 93

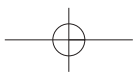
Séptimo círculo 107

En marcha 119

Encontrarse 125

Organizarse 133

Insurrección 153





## *Puesta a punto*

TODO EL MUNDO lo reconoce. Esto va a reventar. Todo el mundo está de acuerdo, con el semblante sombrío o fanfarrón, en los pasillos de la Asamblea, como ayer se repetía en el bar. Uno se complace estimando los riesgos. Ya se detallan las operaciones preventivas de división en zonas del territorio. Y los festejos del nuevo año adquieren un giro decisivo: «¡Es el último año en el que habrá ostras!». Para que la fiesta no se vea totalmente eclipsada por la tradición del desorden se necesitan los 36.000 polis y los 16 helicópteros desplegados por Alliot-Marie,<sup>1</sup> la misma que, durante las manifestaciones estudiantiles de diciembre, espiaba ansiosa cualquier contaminación griega. Se escucha cada vez con más claridad, bajo los mensajes de calma, el ruido de los preparativos de una guerra abierta. Nadie puede ignorar ya su puesta en la práctica de forma anunciada, fría y pragmática, que ni siquiera se molesta en presentarse como una operación de pacificación.

1. Ministra de Interior francesa desde 2007.

## IO LA INSURRECCIÓN QUE VIENE

Los periódicos aderezan a conciencia la lista de causas de esta repentina desazón. Está la crisis, desde luego, con su paro explosivo, su porción de desesperación y planes sociales, sus escándalos Kerviel y Madoff. Está la quiebra del sistema escolar que ya no es capaz de producir trabajadores, ni de clasificar al ciudadano; ni siquiera a partir de los niños de la clase media. Se dice que existe un malestar de una juventud que no encuentra correspondencia con ninguna representación política, que sólo sirve para responder a las bicicletas gratuitas que se ponen a su disposición con alunizajes.

Sin embargo, todas estas fuentes de inquietud no deberían parecer insalvables en una época en la que el modo de gobierno predominante consiste precisamente en la gestión de situaciones de crisis. Salvo que se considere que a lo que el poder tiene que enfrentarse no es ni a una crisis más ni a una sucesión de problemas crónicos, de desajustes más o menos esperados. Sino a un peligro singular: que se manifiesten una forma de conflicto y de posiciones que, precisamente, no sean *gestionables*.

\*

\* \*

Todos los que, por todos lados, *son* ese peligro tienen que plantearse cuestiones menos ociosas que las relativas a las causas y probabilidades de movi-

mientos y enfrentamientos que, en todo caso, ocurrirán. Como la siguiente: ¿qué eco tiene el caos griego en la situación francesa? Una sublevación aquí no puede ser pensada como una mera transposición de lo que ocurrió allí. La guerra civil mundial posee todavía sus especificidades locales y una situación de revueltas generalizadas provocaría en Francia una deflagración de otro tenor.

Los sublevados griegos se enfrentaban a un Estado débil, si bien gozaban de una gran popularidad. No hay que olvidar que la democracia se reconstituyó contra el régimen de los coroneles, hace exactamente treinta años, a partir de una práctica de la violencia política. Esta violencia, cuyo recuerdo no queda tan lejano, resulta todavía una evidencia para la mayoría de los griegos. Incluso los mandamases del ps local ya habían probado el cóctel molotov en su juventud. Como contrapartida, la política *clásica* conoce variantes que saben avenirse muy bien a estas prácticas y propagar, incluso en la revuelta, sus necesidades ideológicas. Si la batalla griega no se ha decidido y terminado en la calle —a pesar de que la policía estaba visiblemente desbordada— es porque su neutralización se ha realizado en otra parte. No hay nada más agotador, nada más fatal, de hecho, que cierta política clásica, con sus rituales agostados, su pensamiento carente de pensamiento, su pequeño mundo cerrado.



Esperando al General...



En Francia, nuestros burócratas socialistas más exaltados nunca fueron más que austeros infiltrados de asambleas, hombres de paja responsables. Aquí, todo concurre más bien para anihilar la menor forma de intensidad política, lo que permite que siempre se pueda oponer al ciudadano frente a los alborotadores y extraer oposiciones facticias de un depósito sin fondo: usuarios frente a huelguistas, los que revientan las manifestaciones frente a los que toman a la ciudadanía como rehén, gente valiente frente a la chusma.<sup>2</sup> Una operación cuasi-lingüística que va de la mano con las medidas cuasi-militares. Las revueltas de noviembre de 2005 y, en un contexto diferente, los movimientos sociales del otoño de 2007 han aportado algunos ejemplos de la forma de proceder. La imagen de los estudiantes pijos de Nanterre aplaudiendo al grito de «Viva la policía» la expulsión de sus condiscípulos por parte de las fuerzas del orden tan sólo nos ofrece un atisbo de lo que nos reserva el porvenir.<sup>3</sup>

Huelga decir que la vinculación de los franceses al Estado —garante de los valores universales,

2. Durante las revueltas de 2005 en el extrarradio de París, el entonces flamante ministro de Interior, Nicolas Sarkozy, se refirió a los sublevados como chusma (*racaille*), lo que no hizo sino agravar la situación.

3. Se refiere a los disturbios en la facultad de derecho de Nanterre en noviembre de 2007, que dividió a los estudiantes a favor y en contra.

último bastión frente al desastre— es una patología de la que es complicado deshacerse. Se trata sobre todo de una ficción que ya no sabe durar. Incluso nuestros gobernantes la consideran cada día más como un inútil estorbo puesto que ellos, al menos, asumen el conflicto militarmente. Éstos a quienes no les acompleja enviar unidades antiterroristas de élite tanto para sofocar las revueltas en los suburbios como para liberar un centro de recuperación de residuos ocupado por asalariados. A medida que el Estado del bienestar se desmorona, amanece el enfrentamiento entre aquellos que desean el Orden y aquellos que no. Todo lo que la política francesa conseguía hasta ahora desactivar comienza a desencadenarse. Todo aquello que reprimió no quedará impune. Se puede contar con el movimiento que viene para encontrar, en el avanzado nivel de descomposición de la sociedad, el hálito nihilista necesario. Lo que no dejará de exponerlo a toda suerte de límites.

Un movimiento revolucionario no se propaga por contaminación sino por resonancia. Algo que se constituye aquí resuena con la onda de choque que emite algo que se constituyó allí. El cuerpo que resuena lo hace según su propio modo. Una insurrección no es como la extensión de la peste o un incendio forestal —un proceso lineal que se extiende progresivamente, por proximidad, a partir de una chispa inicial—. Se trata más bien de

algo que cobra cuerpo como una música, y cuyos focos, incluso dispersos en el tiempo y el espacio, logran imponer el ritmo de su propia vibración. Consiguen ganar siempre mayor espesor. Hasta el extremo de que una vuelta a lo normal deja de ser deseable e incluso previsible.

Cuando hablamos de Imperio, designamos los dispositivos de poder que, preventivamente, quirúrgicamente, retienen todos los devenires revolucionarios de una situación. En este sentido, el Imperio no es un enemigo enfrentado a nosotros. Es un ritmo que se impone, una manera de hacer fluir y discurrir la realidad. No es tanto un orden del mundo como su discurrir triste, pesado y militar.

Lo que llega a nuestros oídos del partido de los insurrectos es un esbozo de una composición, de un lado de la realidad totalmente diferente, que desde Grecia hasta los suburbios franceses busca sus acuerdos.

\*

\* \*

A partir de ahora resulta de notoriedad pública que las situaciones de crisis son igualmente ocasiones que se ofrecen a la dominación para que se reestructure. Así es como Sarkozy puede, sin que apenas parezca que miente, anunciar que la crisis financiera corresponde «al fin de un mundo» y



que el año 2009 verá a Francia entrar en una nueva era. Este camelo de crisis económica sería, en definitiva, una novedad. La ocasión de una bella epopeya que nos vería, a todos juntos, combatir al mismo tiempo las desigualdades y el cambio climático. Algo que para nuestra generación, que nació justo en la crisis y que no ha conocido otra cosa —crisis económica, financiera, social, ecológica—, es, debemos confesarlo, relativamente difícil de admitir. No nos la pegarán con el golpe de la crisis, con el «vamos a empezar de cero» y el «basta con ajustarse el cinturón durante una temporada». En realidad, el anuncio de las desastrosas cifras del paro no nos suscita ningún sentimiento. La crisis es una manera de gobernar. Cuando este mundo parece no tener otra forma de sostenerse que mediante la gestión infinita de su propia derrota.

Querrían vernos detrás del Estado, *movilizados*, solidarios con una improbable chapuza de la sociedad. Pero resulta que nos repugna de tal manera unirnos a esta movilización, que puede ocurrir que uno decida más bien tumbar definitivamente al capitalismo.

Lo que está en guerra no son las maneras variables de gestionar la sociedad. Se trata, irreducibles e irreconciliables, de ideas sobre la felicidad y sus mundos. El poder lo sabe; nosotros también. Los residuos militantes que nos ven —cada

vez más numerosos, cada vez menos identificables— se tiran de los pelos para que entremos en las pequeñas casillas de sus pequeñas cabezas. Y, no obstante, nos tienden la mano para ahogarnos mejor; en sus fracasos, en su parálisis, en sus problemáticas débiles. De elecciones en «transiciones», nunca serán nada más que aquellos que nos van alejando sin cesar de la posibilidad del comunismo. Afortunadamente, uno no acaba nunca de acomodarse a las traiciones ni a los desencantos.

#### ASÍ NO CABE ELECCIÓN:

el fetichismo de la espon- o el control de la ORGANIZA-  
taneidad CIÓN

el bricolage de las redes o la varita de la jerarquía  
militantes

actuar ahora de forma de- o esperar desesperadamen-  
sesperada te a más tarde

dejar en paréntesis lo que o rumiar el cadáver a fuerza  
se puede vivir y experi- de persuadirse de que plan-  
mentar aquí y ahora en tar zanahorias será sufi-  
nombre de un paraíso que, ciente para salir de la pe-  
a fuerza de alejarse, pare- sadilla.  
ce cada vez más un infierno

#### ELECCIÓN EMBARAZOSA

Las organizaciones son un obstáculo para organizarse. En verdad, no hay desviación entre lo que somos, lo que hacemos y lo que devenimos. Las organizaciones —políticas o sindicales, fascistas o anarquistas— comienzan siempre separando prácticamente este aspecto de la existencia. Y a continuación tienen la virtud de presentar su estúpido formalismo como el único remedio para esta separación. Organizarse no es dotar de estructura a la impotencia. Es sobre todo tejer lazos, lazos que no son neutros, lazos orientados terriblemente. El grado de organización se mide por la intensidad del reparto, material y espiritual.

Por tanto, de ahora en adelante: «hay que organizarse materialmente para subsistir, hay que organizarse materialmente para atacar». Que se elabore un poco por todos lados una nueva idea del comunismo. En la sombra de los bares, en las imprentas, en las casas okupadas, en las escaleras, en las granjas, en los gimnasios, pueden nacer las complicidades ofensivas; complicidades con las que el mundo da un giro más firme. No hay que negar a estaspreciadas connivencias los medios que exigen para desplegar su fuerza.

Ahí se sitúa la posibilidad verdaderamente revolucionaria de la época. Las escaramuzas cada vez más frecuentes tienen esto de temibles: siempre son una ocasión para la complicidad de esta naturaleza, a veces efímera, pero a veces también

indefectible. Y en ello reside, sin duda, una suerte de proceso acumulativo. En el momento en el que miles de jóvenes se toman en serio la idea de desertar y sabotear este mundo, habría que ser estúpido como un madero para buscar una célula financiera, un cabecilla o un descuido.

\*

\* \*

Dos siglos de capitalismo y nihilismo mercantil han desembocado en las extrañezas más extremas, para sí, para los otros, para los mundos. El individuo, esta ficción, se descomponía a la misma velocidad que devenía real. Hijos de la metrópolis, apostamos por lo siguiente: es a partir de la desnudez más profunda de la existencia que se despliega la posibilidad, siempre callada, siempre conjurada, del comunismo.

En definitiva, estamos en guerra contra toda una antropología. Contra la idea misma del hombre.

Se trata del comunismo como presupuesto y como experimentación. Reparto de una sensibilidad y elaboración del reparto. Evidencia de lo común y construcción de una fuerza. El comunismo como matriz de un asalto minucioso, audaz, contra la dominación. Como llamamiento y como nombre, de todos los mundos que se resisten a la

pacificación imperial, de todas las solidaridades irreductibles al reino de la mercancía, de todas las amistades que asumen las necesidades de la guerra. COMUNISMO. Sabemos que se trata de un término que hay que utilizar con precaución. No porque, en el gran desfile de las palabras, se halle en desuso. Sino porque nuestros peores enemigos lo han *utilizado*, y continúan haciéndolo. Insistimos. Ciertas palabras son como campos de batalla cuyo sentido es una victoria, revolucionaria o reaccionaria, necesariamente arrancada tras una lucha encarnizada.

Desertar de la política clásica significa asumir la guerra, que se sitúa también en el terreno de la lengua. O más bien en la manera como se ligan las palabras, los gestos y la vida. Si se ha puesto tanto empeño en encarcelar por terrorismo a algunos jóvenes campesinos comunistas que habrían participado en la redacción de *La insurrección que viene*, no es por un «delito por expresar una opinión» sino más bien porque podían encarnar una manera de mantener en la misma existencia actos y pensamiento. Algo que, por lo general, no se perdona.

Por tanto, de lo que se acusa a estas personas no es ni de haber escrito algo ni de haber atacado materialmente los sacrosantos flujos que irrigan la metrópolis. Sino de haberse apoderado de estos flujos con el espesor de un pensamiento y una po-

sición política. Que un acto, aquí haya podido tener sentido según una consistencia diferente de la del desértico Imperio. El antiterrorismo ha pretendido atacar el devenir posible de una «asociación de malhechores». Pero lo que, en realidad, ha atacado es el devenir posible de una situación. La posibilidad de que detrás de cada tendero se oculten malas intenciones, y detrás de cada pensamiento los actos a los que apela. La posibilidad de que se propague una idea de lo político, anónima pero susceptible de ser suscrita, diseminada e incontrolable, que no pueda tener cabida en el chiringuito de la libertad de expresión.

Ya no puede suscitar grandes dudas que será la juventud la primera en tomar salvajemente el poder. Los últimos años, desde las revueltas en Argelia en la primavera del 2001 hasta las del invierno del 2008 en Grecia, no son sino una sucesión de anuncios en este sentido. Aquellos que hace treinta o cuarenta años se sublevaron contra la moral de sus padres no dudarán a reducirlo a un nuevo conflicto generacional, si es que no lo reducen a un efecto previsible de la adolescencia.

El único porvenir de una «generación» es ser la precedente, en un camino que lleva invariablemente al cementerio.

\*

\* \*

La tradición querría que todo comenzara por un «movimiento social». Sobre todo en un momento en que la izquierda, que no acaba nunca de descomponerse, busca de forma hipócrita recobrar una credibilidad en la calle. Lo único es que ya no posee el monopolio de la calle. Sólo hay que ver cómo, en cada nueva movilización estudiantil —como en todo lo que todavía osa sostener— existe una zanja que no cesa de hacerse más profunda entre las reivindicaciones plañideras y el nivel de violencia y determinación del movimiento.

Es en este foso donde tenemos que preparar una trinchera.

Cuando vemos que se suceden los movimientos sociales persiguiéndose los unos a los otros, que es evidente que no dejan nada tras ellos, a la fuerza hay que constatar que algo persiste. Un reguero de pólvora une aquello que en cada acontecimiento no se ha dejado meter en vereda por la temporalidad absurda de la retirada de una ley o de cualquier otro pretexto. Por intermitencias, y a propio su ritmo, vemos una suerte de fuerza que se esboza. Una fuerza que no experimenta su tiempo sino que lo impone, silenciosamente.

Se acabó el momento de prever los hundimientos o de demostrar la feliz posibilidad. Lleguen éstos pronto o tarde, hay que prepararse. No se trata de elaborar un diseño de lo que debería ser una insurrección sino de devolver la posibilidad

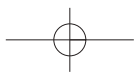
de la sublevación a aquello que nunca habría debido dejar de ser: un impulso vital tanto de la juventud como de la sabiduría popular. A condición de saberse mover, la ausencia de diseño no es un obstáculo sino una posibilidad. Es, para los insurrectos, el único espacio que puede garantizarles lo esencial: conservar la iniciativa. Queda suscitar, alimentar como uno alimenta un fuego, una cierta mirada, una cierta fiebre táctica que, cuando llegue el momento, incluso ahora, se revele determinante y fuente constante de determinación. Ya resurgen ciertas preguntas que todavía ayer parecían grotescas o anticuadas; queda apoderarse de ellas, no para responder definitivamente sino antes bien para mantenerlas vivas. Haberlas reformulado no es, por otra parte, la menor de las virtudes del alzamiento griego.

¿Cómo se convierte una situación de disturbios generalizados en una situación insurreccional? ¿Qué hacer cuando se ha conquistado la calle toda vez que la policía se encuentra permanentemente derrotada? ¿Se merecen los parlamentos ser tomados siempre al asalto? ¿Qué significa en la práctica devolver el poder local? ¿Cómo decidirse? ¿Cómo *subsistir*?

¿CÓMO NO PERDERSE?



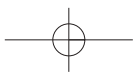
## LA INSURRECCIÓN QUE VIENE





All Together Now...





## DESDE CUALQUIER ÁNGULO...

DESDE CUALQUIER ángulo que se mire, el presente no tiene salida. No es la menor de sus virtudes. A aquellos que querrían esperar a toda costa, les roba todo apoyo. Aquellos que pretenden ostentar soluciones son desmentidos al momento. Se escucha decir que la situación sólo puede ir de mal en peor. «El futuro ya no tiene porvenir» es la sabiduría de una época que ha llegado, bajo sus aires de extrema normalidad, al nivel de conciencia de los primeros punks.

La esfera de la representación política se cierra. De izquierda a derecha, el mismo vacío adopta poses de adalid o aires de virgen, las mismas cabezas visibles intercambian sus discursos según los últimos hallazgos del servicio de comunicación. Aquellos que aún votan dan la impresión de no tener otra intención que la de hacer saltar las urnas a fuerza de votar, en pura protesta. Empieza a adivinarse que es, de hecho, *contra el voto mismo* que se sigue votando. Nada de lo que se presenta está, ni de lejos, a la altura de la situación. En su mismo si-

lencio, la población parece infinitamente más adulta que todos los títeres que se pelean por gobernarla. Un *chibani*<sup>1</sup> de Belleville es más sabio en sus palabras que cualquiera de nuestros supuestos dirigentes en todas sus declaraciones.

El incendio de noviembre de 2005 no deja de proyectar su sombra sobre todas las conciencias. Estas primeras fogatas son el bautismo de una década repleta de promesas. Al cuento mediático del suburbio-contra-la-República no le falta eficacia, pero falta a la verdad. Hasta en el centro de las ciudades prendieron hogueras, que fueron metódicamente acalladas. Calles enteras de Barcelona ardieron en solidaridad, sin que nadie supiese nada excepto sus habitantes. Y no es ni siquiera verdad que desde entonces el país haya dejado de llamear. Se encuentran entre los inculpados toda clase de perfiles lo cual sólo unifica el odio hacia la sociedad existente, y no la pertenencia de clase, raza o barrio. Lo inédito no reside en una «revuelta de los suburbios» que ya no era nueva en 1980, sino en la ruptura con sus formas establecidas. Los asaltantes ya no escuchan a nadie, ni a los hermanos mayores ni a la asociación local que debería gestionar la vuelta a la normalidad. Ningún sos Racismo podrá hundir sus raíces cancerosas

1. *Chibani*: anciano en árabe y, por extensión, anciano árabe en francés.

en este acontecimiento, al que sólo la fatiga, la falsificación y la *omertà* mediáticas han podido fingir poner término. Toda esta serie de golpes nocturnos, de ataques anónimos, de destrucciones sin frases han tenido el mérito de dilatar al máximo la fisura entre *la* política y *lo* político. Nadie puede honestamente negar la carga de evidencia de este asalto que no formulaba ninguna reivindicación, ningún mensaje más que el de la amenaza; que no tenía nada que ver con *la* política. Hay que estar ciego para no darse cuenta de todo lo que hay de puramente político en esta negación resuelta de *la* política; o no saber nada de los movimientos autónomos de la juventud desde hace treinta años. Se han quemado como niños perdidos los primeros *bibelots* de una sociedad que no merece más consideración que los monumentos de París al final de la Semana Sangrienta, y que lo sabe.

No habrá solución *social* a la situación presente. En primer lugar, porque el vago agregado de entornos, instituciones y burbujas individuales que se denominan por antífrasis «sociedad» no tiene consistencia; en segundo, porque ya no hay lenguaje para la experiencia común. Y no se comparten riquezas si no se comparte un lenguaje. Fue necesario medio siglo de lucha en torno a la Ilustración para fundar la posibilidad de la Revolución Francesa, y un siglo de lucha en torno al

trabajo para dar a luz al temible «Estado del bienestar». Las luchas crean el lenguaje en el que se enuncia el nuevo orden. No hay nada semejante hoy en día. Europa es un continente deslustrado que va a hacer las compras al Lidl a escondidas y que viaja en *low cost* para seguir viajando. Ninguno de los «problemas» que se formulan en el lenguaje social admite resolución en él. La cuestión de las «jubilaciones», la de la «precariedad», los «jóvenes» y su «violencia» sólo pueden quedar en suspenso, mientras se gestionan policialmente los pasos a la acción cada vez más penetrantes que estas cuestiones encubren. No se podrá disimular el hecho de que se limpia a bajo precio el culo de unos viejos abandonados por los suyos y que no tienen nada que decir. Aquellos que han encontrado en las vías criminales menos humillación y más beneficio que en la limpieza de suelos no entregarán sus armas, y la prisión no les inculcará el amor por la sociedad. El furor por disfrutar de las hordas de jubilados no soportará de rodillas los recortes sombríos en sus rentas mensuales, y sólo puede excitarse aún más ante el rechazo al trabajo de una amplia fracción de la juventud. Por último, ningún ingreso garantizado acordado al día siguiente de un cuasi levantamiento sentará las bases de un New Deal, de un nuevo pacto, de una nueva paz. El sentimiento social ya se ha evaporado demasiado.



A modo de solución, la presión para *que no pase nada*, y con ella el control policial del territorio, no van a dejar de acentuarse. El avión militar dirigido por control remoto que, según el propio testimonio de la policía, sobrevoló el pasado 14 de julio el distrito de Seine-Saint-Denis dibuja el futuro en colores más francos que todas las brumas humanistas. Que se haya tomado la precaución de precisar que no estaba armado enuncia con bastante claridad qué camino hemos tomado. El territorio será dividido en zonas cada vez más estancas. Las autopistas situadas al borde de un «barrio marginal» forman un muro invisible que las separa de las zonas residenciales. Piensen lo que piensen las buenas almas republicanas, la gestión de barrios «por comunidad» es notoriamente la más operante. Las porciones puramente metropolitanas del territorio, los principales centros urbanos, llevarán su vida lujosa en una deconstrucción cada vez más retorcida, más sofisticada, más estridente. Iluminarán todo el planeta con sus luces de burdel mientras las patrullas de la BAC,<sup>2</sup> las compañías de seguridad privada, en resumen, las milicias, se multiplicarán hasta el infinito, mientras se benefician de una cobertura judicial cada vez más desvergonzada.

2. BAC (Brigades anti criminalité): brigadas anticriminales de la policía francesa.

El callejón sin salida del presente, perceptible en todas partes, se niega en todos lados. Nunca tantos psicólogos, sociólogos y literatos se habrán empleado en ello, cada uno en su jerga especial, donde resulta notoria la ausencia una conclusión. Basta con escuchar los cantos de la época, las ñoñerías de la «nueva canción francesa» en la que la pequeña burguesía diseña sus estados de ánimo y las declaraciones de guerra de la mafia K'1 Fry,<sup>3</sup> para saber que la coexistencia cesará muy pronto, que una decisión se aproxima.

Este libro está firmado con un nombre de colectivo imaginario. Sus redactores no son los autores. Se han contentado con poner un poco de orden en los lugares comunes de la época, en lo que se murmura en las mesas de los bares, detrás de la puerta cerrada de los dormitorios. No han hecho más que fijar las verdades necesarias, aquellas cuyo rechazo universal llena los hospitales psiquiátricos y las miradas de pena. Se han convertido en los escribas de la situación. Es el privilegio de las circunstancias radicales que la precisión lleva con toda lógica a la revolución. Basta con decir lo que se tiene ante los ojos y no eludir la conclusión.

3. K'1 Fry: grupo de rap francés.

## Primer círculo

## «I AM WHAT I AM»

«I AM WHAT I AM.» Es la última ofrenda del marketing al mundo, la última etapa de la evolución publicitaria, al frente, tan al frente de todas las exhortaciones a ser diferente, a ser uno mismo y a beber Pepsi. Décadas de conceptos para llegar aquí, a la pura tautología: YO = YO. Él corre en la cinta delante del espejo de su gimnasio. Ella llega de trabajar al volante de su Smart. ¿Se encontrarán?

«SOY LO QUE SOY.» Mi cuerpo me pertenece. YO soy YO, tú eres tú, y *la cosa va mal*. Personalización de masa. Individualización de todas las condiciones: de vida, de trabajo, de desdicha. Esquizofrenia difusa. Depresión servil. Atomización en finas partículas paranoicas. Histerización del contacto. Cuanto más quiero ser YO, mayor es mi sensación de vacío. Cuanto más me expreso, más me agoto. Cuanto más me persigo, más cansado estoy. YO tengo, tú tienes, nosotros tenemos nuestro YO como una taquilla fastidiosa. Nos hemos convertido en representantes de nosotros mismos —somos, en este extraño comercio, los garantes de

una personalidad que tiene todo el aspecto, al final, de una amputación—. Nos asumimos hasta la ruina con una torpeza más o menos disimulada.

Mientras tanto, YO controlo. La búsqueda de mí mismo, mi blog, mi piso, las últimas tonterías de moda, las historias de pareja, de ligues... ¡cuántas prótesis se necesitan para ostentar un YO! Si «la sociedad» no se hubiera convertido en esta abstracción definitiva, designaría el conjunto de muletas existenciales que se me tienden para poder arrastrarme aún; el conjunto de dependencias que he contraído en pago por mi identidad. *El minusválido es el modelo de la ciudadanía que viene.* De forma premonitoria, las asociaciones que lo explotan reivindican actualmente el «subsidio universal» para él.

La conminación, omnipresente, de ser «alguien» sustenta el estado patológico que hace necesaria a esta sociedad. La conminación a ser fuerte produce la debilidad a través de la cual se mantiene, hasta el punto de que *todo parece adquirir un aspecto terapéutico*, incluso trabajar, incluso amar. Todos los «¿qué tal?» que se intercambian en un día hacen pensar en otras tantas tomas de temperatura que una sociedad de pacientes se administran unos a otros. La sociabilidad está hecha ahora de mil pequeños nichos, de mil pequeños refugios en los que uno está al calor. Donde siempre se está mejor que en el intenso frío del exte-

rior. Donde todo es falso, pues sólo es un pretexto para calentarse. Donde nada puede suceder porque uno está sordamente ocupado tiritando junto a los demás. Pronto esta sociedad no aguantará más que por la tensión de todos los átomos sociales hacia una ilusoria curación. Es una central que extrae su energía de una gigantesca reserva de lágrimas siempre a punto de desbordarse.

«I AM WHAT I AM.» Nunca la dominación había encontrado una consigna menos sospechosa. El mantenimiento del YO en un estado de semi-ruina permanente, en una seminsuficiencia crónica, es el secreto mejor guardado del orden de cosas actual. El YO débil, deprimido, autocrítico, virtual, es por esencia ese sujeto infinitamente adaptable que requiere una producción fundada en la innovación, la obsolescencia acelerada de las tecnologías, la alteración constante de las normas sociales y la flexibilidad generalizada. Es al mismo tiempo el consumidor más voraz y, paradójicamente, el YO más productivo, aquel que se lanzará con más energía y avidez sobre el menor *proyecto*, para volver más tarde a su estado larvario original.

¿«QUÉ ES LO QUE SOY», entonces? Algo atravesado desde la infancia por flujos de leche, olores, historias, sonidos, canciones infantiles, sustancias, gestos, ideas, impresiones, miradas, cantos y comida. ¿LO QUE SOY? Algo vinculado por doquier a lugares, sufrimientos, antepasados, ami-

gos, amores, acontecimientos, lenguas, recuerdos, a toda clase de cosas que, sin duda alguna, no son YO. Todo lo que me ata al mundo, todos los vínculos que me constituyen, todas las fuerzas que me pueblan no tejen una identidad, como me incitan a proclamar, sino una *existencia* singular, común, viva y de la que emerge, en algunos puntos, en algunos momentos, este ser que dice «YO». Nuestro sentimiento de inconsistencia no es más que el efecto de esta tonta creencia en la permanencia del YO, y de la escasa atención que prestamos a lo que nos constituye.

Da vértigo ver reinar en lo alto de un rasca-cielos de Shangai el «I AM WHAT I AM» de Reebok. Occidente lanza por todas partes, como su caballo de Troya favorito, esa pesada antinomia entre el YO y el mundo, el individuo y el grupo, entre ataduras y libertad. La libertad no es el gesto de deshacerse de las ataduras, sino la capacidad *práctica* de operar a través de ellas, de moverse en ellas, de establecerlas o truncarlas. La familia sólo existe como familia, es decir, como infierno, para aquel que ha renunciado a alterar sus mecanismos debilitadores, o no sabe cómo hacerlo. La libertad de *desarraigarse* ha sido siempre el fantasma de la libertad. No nos liberamos de lo que nos coarta sin perder al mismo tiempo aquello sobre lo que podríamos ejercer nuestras fuerzas.

«I AM WHAT I AM» no es por tanto una simple mentira, una simple campaña publicitaria, sino una campaña *militar*, un grito de guerra dirigido contra todo lo que hay *entre* los seres, contra todo lo que les liga de forma invisible, todo aquello que obstaculiza la perfecta desolación, todo lo que hace que *existamos* y que el mundo no tenga, en todas partes, el aspecto de una autopista, un parque de atracciones o una ciudad nueva: tedio puro, sin pasión y bien ordenado, espacio vacío, helado, por el que ya sólo transitan cuerpos matriculados, moléculas automóviles y mercancías ideales.

Francia no es la patria de los ansiolíticos, el paraíso de los antidepresivos, la meca de la neurosis, sin ser simultáneamente el campeón europeo de la productividad horaria. La enfermedad, el cansancio y la depresión pueden ser considerados síntomas *individuales* de aquello de lo que hay que curarse. De este modo, trabajan por el mantenimiento del orden existente, por mi ajuste dócil a unas normas frágiles, por la modernización de mis muletas. Ocultan la selección en mí de las inclinaciones oportunas, conformes y productivas, y de aquellas otras por las que habrá que, amablemente, guardar duelo: «Hay que saber cambiar, ya sabes». Pero, tomadas como hechos, mis debilidades pueden conducir también al desmantelamiento de la hipótesis del yo. De-

vienen entonces actos de resistencia en la guerra en curso. Devienen rebelión y centro de energía contra todo lo que conspira para normalizarnos, para amputarnos. *El YO no es lo que está en crisis en nosotros, sino la forma en la que se intenta imprimirnos.* Se pretende convertirnos en yoes bien delimitados, bien separados, clasificables e inventariables por cualidades, en resumen, controlables, cuando somos criaturas entre las criaturas, singularidades entre nuestros semejantes, carne viva tejiendo la carne del mundo. Contrariamente a lo que se nos repite desde la infancia, la inteligencia no es saber adaptarse —o, si es una inteligencia, es la de los esclavos—. Nuestra inadaptación y nuestro cansancio sólo son *problemas* desde el punto de vista de quien quiere someternos. Indican, más bien, un punto de partida, un punto de confluencia para unas complicidades inéditas. Hacen emerger un paisaje mucho más destartalado, pero infinitamente más susceptible de compartirse, que todas las fantasmagorías que esta sociedad mantiene a sus expensas.

No estamos deprimidos, estamos en huelga. Para quien rechaza controlarse, la depresión no es un estado sino un tránsito, un adiós, un paso de lado hacia la desafiliación *política*. A partir de ahí, no hay otra conciliación que la medicamentosa, y la policial. Es precisamente por esta razón que la



## PRIMER CÍRCULO

41

sociedad no teme imponer Ritalín a los niños demasiados vivos, que trenza continuamente bridas de dependencias farmacéuticas y pretende detectar desde los tres años los «trastornos de comportamiento». Porque la hipótesis del YO se fisura por doquier.



Sin novedad en el frente.

## Segundo círculo

### «LA DIVERSIÓN ES UNA NECESIDAD VITAL»

UN GOBIERNO que declara el estado de excepción contra chavales de quince años. Un país que deja su destino en manos de un equipo de futbolistas. Un policía en una cama de hospital que se queja de haber sido víctima de la «violencia callejera». Un prefecto que emite un decreto contra quienes se construyan cabañas en los árboles. Dos niños de diez años, en Chelles, inculpados del incendio de una ludoteca. Esta época destaca por lo grotesco de unas situaciones que se le escapan una y otra vez. Hay que decir que los medios no ahorran esfuerzos para sofocar, en los registros de la queja y de la indignación, la carcajada que debería acoger semejantes noticias.

Una carcajada incendiaria es la respuesta ajustada a todas las graves «cuestiones» que se complace en plantear la actualidad. Para empezar por la más trillada: no existe el «problema de la inmigración». ¿Quién crece aún donde ha nacido? ¿Quién vive donde ha crecido? ¿Quién trabaja donde vive? ¿Quién vive donde vivieron sus an-

cestros? ¿Y de quién son los niños de esta época? ¿De sus padres o de la televisión? La verdad es que hemos sido arrancados en masa a toda pertenencia, ya no somos de ninguna parte y de ello resulta, al mismo tiempo que una inédita disposición al turismo, un innegable sufrimiento. Nuestra historia es la de las colonizaciones, de las migraciones, de las guerras, de los exilios, de la destrucción de todos los arraigos. Es la historia de todo lo que ha hecho de nosotros extraños en este mundo, huéspedes en nuestra propia familia. Hemos sido expropiados de nuestra lengua por la enseñanza, de nuestras canciones por las variedades, de nuestras carnes por la pornografía de masa, de nuestra ciudad por la policía, de nuestros amigos por el sistema salarial. A todo esto se añade, en Francia, el trabajo feroz y secular de individualización por un poder de Estado que evalúa, compara, disciplina y separa a sus sujetos desde la más temprana edad, que desune por instinto las solidaridades que se le escapan a fin de que no quede más que la ciudadanía, la pura pertenencia, fantasmática, a la República. El francés es más que cualquier otra cosa el desposeído, el miserable. Su odio al extranjero se funde con su odio a sí mismo como extranjero. Su envidia mezclada con pavor hacia los *suburbios* sólo expresa su resentimiento por todo lo que ha perdido. No puede evitar envidiar esos barrios llamados de «relegación» donde aún persiste un

poco de vida común, algunos vínculos entre los seres, algunas solidaridades no estatales, una economía informal y una organización que aún no se ha desligado de aquellos que se organizan. Hemos llegado a ese punto de privación en que la única manera de sentirse francés es echar pestes de los inmigrantes, de aquellos que son *extranjeros como YO* de una forma más visible. Los inmigrantes ocupan en este país una curiosa posición de soberanía: *si no estuviesen aquí, los franceses quizás ya no existirían.*

Francia es un producto de su escuela, y no al revés. Vivimos en un país excesivamente escolar, en el que nos acordamos de la selectividad como un momento memorable de la vida. En el que los jubilados aún hablan de su fracaso, cuarenta años atrás, en tal o cual examen, y del coste que ello supuso para toda su carrera, para toda su vida. La escuela de la República ha formado desde hace un siglo y medio un tipo de subjetividades estatalizadas, reconocibles entre todas. Gente que acepta la selección y la competición a condición de que las oportunidades sean iguales. Que de la vida esperan que cada uno sea recompensado como en una oposición, según sus méritos. Que piden siempre permiso antes de tomar. Que respetan calladamente la cultura, los reglamentos y a los primeros de la clase. Incluso su apego a los grandes intelectuales críticos y su rechazo al capitalismo están impregnados

de este amor por la escuela. Es esta construcción estatal de las subjetividades la que se desmorona cada día un poco más con la decadencia de la institución escolar. La reaparición hace veinte años de la escuela y la cultura de la calle, en competencia con la escuela de la República y su cultura de cartón piedra, es el traumatismo más profundo que sufre actualmente el universalismo francés. En este punto, la derecha más extrema se reconcilia de antemano con la izquierda más virulenta. Sólo el nombre de Jules Ferry, ministro de Thiers durante la destrucción de la Comuna de París y teórico de la colonización, debería, sin embargo, bastar para hacernos desconfiar de esta institución.

En cuanto a nosotros, cuando vemos a los profes salidos de no se sabe qué «comité de vigilancia ciudadana» ir a lloriquear al *20 heures*<sup>1</sup> porque les han quemado *su* escuela, nos acordamos de cuántas veces, de niños, habíamos soñado con ello. Cuando oímos a un intelectual de izquierdas abominar de la barbarie de las pandillas de jóvenes que increpan a los transeúntes, roban en las tiendas, incendian coches y juegan al ratón y al gato con los CRS,<sup>2</sup> nos acordamos de lo que se de-

1. *20 heures*: telediario de las ocho de la tarde de la televisión pública francesa.

2. CRS (Compagnies Républicaines de Sécurité): cuerpo de la policía francesa.

cía de los «blousons noirs»<sup>3</sup> en los años sesenta o, mejor, de los «apaches» en la *Belle Époque*: «Bajo el nombre genérico de *apaches* —escribe un juez en el tribunal del Sena en 1907—, está de moda desde hace algunos años designar a todos los individuos peligrosos, hatajo de reincidentes, enemigos de la sociedad, sin patria ni familia, desertores de todos los deberes, preparados para realizar los ataques más audaces y cualquier atentado contra personas o propiedades». Estas bandas que huyen del trabajo, que toman el nombre de su barrio y se enfrentan con la policía, son la pesadilla del buen ciudadano individualizado a la francesa: encarnan todo aquello a lo que ha renunciado, toda la alegría posible y a la que no accederá nunca. Resulta impertinente *existir* en un país en el que a un niño al que se sorprende cantando a su aire se le reprende inevitablemente con un *¡para, que va a llover!* y en el que la castración escolar produce generaciones de empleados disciplinados. El aura persistente de Mesrine<sup>4</sup> no se debe tanto a su rectitud y audacia como al hecho de haberse propuesto vengarse de lo que todos deberíamos vengarnos. O más bien de lo que deberíamos vengarnos

3. *Blousons noirs*: vocablo creado en los años sesenta por periodistas para designar a jóvenes considerados delincuentes y que vestían camisas negras.

4. Mesrine: Legendario ladrón y contrabandista francés nacido en 1936.

*directamente* ahí donde seguimos dando rodeos y demorándonos. Puesto que no cabe duda de que por medio de mil bajezas disimuladas, de todo tipo de murmuraciones, de una malicia helada y una cortesía venenosa, el francés no deja de vengarse, continuamente y contra todo, del aniquilamiento al que se ha resignado. Ya era hora de que el *¡vamos a joder a la policía!* sustituyera al *¡sí, señor agente!* En este sentido, la hostilidad abierta de ciertas bandas sólo expresa, de una manera algo menos soterrada que otras, el mal ambiente, la mala disposición de fondo y el deseo de destrucción salvadora en el que este país se consume.

Llamar «sociedad» al pueblo de extranjeros en el que vivimos es una usurpación tal que incluso los sociólogos se plantean renunciar a un concepto que ha constituido, durante un siglo, su sustento. Prefieren ahora la metáfora de la red para describir el modo en que se conectan las soledades cibernéticas, en que se tejen las interacciones débiles conocidas bajo los nombres de «colega», «tío», «contacto», «relación» o «ligue». Del mismo modo, sucede que estas redes se condensan en un *medio*, en el que no se comparte nada salvo unos códigos y en el que únicamente está en juego la incesante recomposición de una identidad.

Sería una pérdida de tiempo detallar todo lo que hay de agonizante en las relaciones sociales existentes. Se dice que la familia vuelve, que la pa-



reja vuelve. Pero la familia que vuelve no es la que se había ido. Su regreso no es más que un nivel más profundo de la separación reinante, a la que sirve para disimular, convirtiéndose en ella misma mediante el engaño. Todo el mundo puede dar fe de las dosis de tristeza que se concentra año tras año en las fiestas en familia, las sonrisas trabajosas, la desazón de ver a todo el mundo simular en vano, el sentimiento de que ahí, sobre la mesa, hay un cadáver y todo el mundo hace como si nada. De ligue en divorcio, de concubinato en recomposición, cada cual experimenta la inanidad del triste núcleo familiar, pero la mayoría parece juzgar que sería aún más triste renunciar a él. La familia ya no es tanto el agobio de la influencia materna o el patriarcado de las tortas como ese abandono infantil a una dependencia algodonosa, donde todo es conocido; como ese momento de indiferencia frente a un mundo que ya nadie puede negar que se desmorona, un mundo en el que «emanciparse» es un eufemismo de «haber encontrado jefe». Querríamos encontrar en la familiaridad biológica la excusa para corroer en nosotros cualquier determinación un poco rompedora; para obligarnos a renunciar, bajo el pretexto de que nos han visto crecer, tanto a hacernos mayores como a la seriedad que hay en la infancia. Hay que preservarse de esta corrosión.

La pareja es como el último escalón de la gran debacle social. Es el oasis en medio del desierto humano. Se busca en ella, bajo los auspicios de lo íntimo, todo aquello que, de modo tan evidente, ha abandonado las relaciones sociales contemporáneas: el calor, la sencillez, la verdad, una vida sin teatro ni espectador. Pero, una vez pasado el aturdimiento amoroso, la «intimidad» se quita el disfraz: ella misma es una invención social, habla en el lenguaje de las revistas femeninas y de la psicología; dispone, como el resto, de estrategias hasta la saciedad. No hay en ella más verdad que en cualquier otro lugar; también aquí dominan la mentira y las leyes de la extrañeza. Y cuando, por fortuna, se encuentra en ella esta verdad, exige un modo de compartir que desmiente la propia forma de la pareja. Aquello por lo que los seres se aman es también aquello que los hace amables, y arruina la utopía del autismo de a dos.

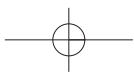
En realidad, la descomposición de todas las formas sociales es una ganga. Es para nosotros la condición ideal de una experimentación masiva, salvaje, de nuevos ajustes, de nuevas fidelidades. La famosa «dimisión parental» nos ha impuesto una confrontación con el mundo que ha forzado en nosotros una lucidez precoz y augura algunas buenas revueltas. En la muerte de la pareja vemos nacer perturbadoras formas de afectividad colectiva, ahora que el sexo se usa hasta el desgaste, que

la virilidad y la feminidad son como viejos trajes apolillados, que tres décadas de continuas innovaciones tecnológicas han agotado todos los atractivos de la trasgresión y la liberación. Con lo que hay de incondicional en los vínculos de parentesco, tenemos la intención de construir el armazón de una solidaridad política tan impenetrable a la injerencia del Estado como un campamento de gitanos. Incluso las interminables subvenciones que numerosos padres están abocados a pagar a su prole proletarizada pueden convertirse en una forma de mecenazgo en beneficio de la subversión social. «Emanciparse» podría también querer decir: aprender a pelearse en la calle, a ocupar casas vacías, a no trabajar, a amarse locamente y a robar en los supermercados.



C'est si bon...





## Tercer círculo

«LA VIDA, LA SALUD, EL AMOR  
SON PRECARIOS, ¿POR QUÉ IBA  
A ESCAPAR EL TRABAJO A ESTA LEY?»

NO HAY CUESTIÓN más enmarañada, en Francia, que la del trabajo. No hay relación más retorcida que la de los franceses con el trabajo. Id a Andalucía, Argelia o Nápoles. Allí en el fondo se desprecia el trabajo. Id a Alemania, Estados Unidos o Japón. Allí se reverencia el trabajo. Las cosas cambian, es verdad. Efectivamente, hay *otakus* en Japón, *frohe Arbeitslose* en Alemania y *workaholics* en Andalucía. Pero no son por ahora más que curiosidades. En Francia, se hace todo lo posible para trepar en la jerarquía, pero se alardea en privado de no dar palo al agua. Uno se queda hasta las diez de la noche en el curro cuando está desbordado, pero nunca tiene escrúpulos a la hora de robar, aquí y allá, material de la oficina o de sisar del almacén de la empresa piezas sueltas que, llegado el caso, se revenden. Se detesta a los jefes, pero se quiere ser empleado a cualquier precio. Tener un trabajo es un honor y trabajar, un signo de debilidad. En resumen: el perfecto cuadro clínico de la histeria. Se ama odiando, se odia amando. Y todos sabemos

el estupor y desasosiego que aquejan al histórico cuando pierde a su víctima, a su amo. La mayoría de las veces no se recupera.

En este país profundamente político que es Francia, el poder industrial ha estado siempre sometido al poder del Estado. La actividad económica no ha dejado nunca de estar recelosamente dirigida por una administración puntillosa. Los grandes patrones que no proceden de la nobleza de Estado tipo Polytechnique-ENA<sup>1</sup> son los parias del mundo de los negocios de los que se comenta, entre bastidores, que dan un poco de pena. Bernard Tapie es su héroe trágico: adulado un día, en prisión el otro, *intocable siempre*. Que se deje ver ahora en escena no tiene nada de sorprendente. Contemplándolo como se contempla a un monstruo, el público francés lo mantiene a buena distancia y, mediante el espectáculo de tan fascinante infamia, evita su contacto. A pesar del gran farol de los años ochenta, *el culto a la empresa nunca cuajó en Francia*. Cualquiera que escriba un libro para vilipendiarla, se asegura un *best-seller*. Por más que los empresarios, sus maneras y su literatura se hayan pavoneado en público, permanece en torno a ellos un cordón sanitario de

1. Polytechnique y ENA: prestigiosas universidades de las que procede buena parte de la élite política y empresarial de Francia.



risa burlona, un océano de desprecio, un mar de sarcasmos. El empresario no forma parte de la familia. Se mire por donde se mire, en la jerarquía del aborrecimiento se prefiere al policía. Ser funcionario sigue siendo, contra viento y marea, contra *golden boys* y privatizaciones, la definición convenida del *buen* trabajo. Se puede envidiar la riqueza de quienes no lo son, pero no se les envidia el puesto.

Sobre esta neurosis de fondo, los gobiernos sucesivos aún pueden declarar la guerra al paro, y pretenden librar la «batalla del empleo» mientras los ex dirigentes se pasean con sus móviles entre las tiendas de Médicos del Mundo a orillas del Sena. Cuando las expulsiones masivas de la ANPE<sup>2</sup> dificultan el descenso de la cifra de parados por debajo de los dos millones; cuando sólo el RMI<sup>3</sup> y el *trapeicheo* protegen, según el propio testimonio de los Renseignements Généraux,<sup>4</sup> frente a la explosión social que puede estallar en cualquier momento, es la economía psíquica de los franceses, así como la estabilidad política del país, lo que está en juego en el mantenimiento de la ficción laborista.

2. ANPE (Agence Nationale pour l'Emploi): equivalente del INEM en Francia.

3. RMI (*Revenu minimum d'insertion*): subsidio al desempleo sin equivalente en España.

4. Renseignements Généraux: servicios secretos dependientes de la policía nacional francesa.

Permiso para que nos importe un carajo.

Pertenece a una generación que vive *muy bien* sin esta ficción. Que nunca ha contado con la jubilación ni con el derecho del trabajo, y mucho menos con el derecho *al* trabajo. Que ni siquiera es precaria, como se complacen en teorizar las facciones más avanzadas de la militancia izquierdista, porque ser precario sigue significando definirse en relación con la esfera del trabajo, en este caso, con *su descomposición*. Admitimos la necesidad de conseguir dinero —no importa por qué medios— porque actualmente es imposible pasar sin él, pero no la necesidad de trabajar. Además, ya no trabajamos: *curramos*. La empresa ya no es un lugar en el que existimos, es un lugar que atravesamos. No somos cínicos, sólo reticentes a que se nos engañe. Los discursos sobre la motivación, la calidad y la implicación personal nos resbalan, para desgracia de los gestores de recursos humanos. Dicen que estamos decepcionados con la empresa, que no ha honrado la lealtad de nuestros padres, que los ha despedido sin escrúpulos. Mienten. Para estar decepcionado, primero hay que esperar algo. Y nunca hemos esperado nada de ella: la vemos tal como es y nunca ha dejado de ser, una estafa de confort variable. Sentimos que nuestros padres cayeran en la trampa; al menos, aquellos que se lo creyeron.

La confusión de sentimientos que rodea la cuestión del trabajo puede explicarse de esta ma-

nera: la noción de trabajo ha abarcado siempre dos dimensiones contradictorias. Una dimensión de explotación y una dimensión de participación. Explotación de la fuerza de trabajo individual y colectiva por la apropiación privada o social de la plusvalía; participación en una obra común a través de los vínculos que se tejen entre aquellos que cooperan en el seno del universo de la producción. Estas dos dimensiones se confunden perniciosamente en la noción de trabajo, lo cual explica la indiferencia de los trabajadores, a fin de cuentas, hacia la retórica marxista, que niega la dimensión de participación, así como hacia la retórica empresarial, que niega la dimensión de explotación. De ahí, también, la ambivalencia de la relación con el trabajo, al mismo tiempo deshonoroso, puesto que nos vuelve extraños ante lo que hacemos, y adorado, en la medida en que una parte de nosotros mismos está en juego. El desastre aquí es previo: reside en todo aquello que ha sido necesario destruir, en todos aquellos a los que ha habido que desarraigar para que el trabajo termine por aparecer como *la única manera de existir*. El horror del trabajo no está tanto en el propio trabajo como en el asolamiento metódico, desde hace siglos, de todo aquello que no es él: familiaridades de barrio, de oficio, de pueblo, de lucha, de parentesco; apego a lugares, seres, estaciones, modos de hacer y de hablar.

La paradoja actual reside en lo siguiente: el trabajo ha triunfado sin rastro de los otros modos de existir, al mismo tiempo que los trabajadores se han vuelto superfluos. Los incrementos de productividad, la deslocalización, la mecanización, la automatización y la digitalización de la producción han progresado tanto que han reducido a casi nada la cantidad de trabajo vivo necesario para la confección de cada mercancía. Vivimos la paradoja de una sociedad de trabajadores sin trabajo en la que la distracción, el consumo y el ocio sólo acenúan la falta de aquello de lo que debieran distraernos. La mina de Carmaux, célebre durante un siglo por sus huelgas violentas, ha sido convertida en Cap Découverte. Es un «centro multioctio» donde se puede hacer skateboard o montar en bici, y que se distingue por un «Museo de la Mina» en el que se simulan explosiones de grisú para los veraneantes.

En las empresas, el trabajo se divide de forma cada vez más visible en empleos altamente cualificados de investigación, concepción, control, coordinación y comunicación ligados a la aplicación de todos los saberes necesarios en el nuevo proceso de producción cibernizado, y en empleos no cualificados de mantenimiento y vigilancia de este proceso. Los primeros son poco numerosos, muy bien pagados y, por tanto, tan codiciados que a la minoría que los acapara no se le ocurriría dejar

caer ni una miga. Su trabajo y ellos se funden en un abrazo angustioso. Empresarios, científicos, miembros de *lobbies*, investigadores, programadores, agentes del desarrollo, consultores e ingenieros no cesan literalmente jamás de trabajar. Incluso sus ligues aumentan la productividad. «Las empresas más creativas son también aquéllas en las que las relaciones íntimas son más numerosas», teoriza un filósofo, director del departamento de recursos humanos. «Los colaboradores de la empresa —confirma el director de dicho departamento en Daimler-Benz—, forman parte del capital de la empresa ... Su motivación, su buen hacer, su capacidad de innovación y su preocupación por los deseos de la clientela constituyen la materia prima de unos servicios innovadores ... Su comportamiento y su competencia social y emocional tienen un peso creciente en la evaluación del trabajo ... Éste ya no será evaluado según el número de horas de presencia sino en función de los objetivos alcanzados y de la calidad de los resultados. Son empresarios.»

El conjunto de tareas que no han podido ser automatizadas forman una nebulosa de puestos que, al no poder ser ocupados por máquinas, son ocupados por cualquier humano: manipuladores, reponedores, trabajadores en cadena, temporeros, etcétera. Esta mano de obra flexible, indiferenciada, que pasa de una tarea a otra y nunca permanece mucho tiempo en la misma empresa, ya no

puede asociarse en una fuerza, puesto que nunca se encuentra en el centro del proceso de producción sino que está pulverizada en una multitud de intersticios, ocupada tapando los huecos que no han sido mecanizados. El trabajador temporal es la figura de ese obrero que ya no lo es, que ya no tiene un oficio sino unas competencias que va vendiendo en cada trabajo puntual que realiza, y cuya disponibilidad es también un trabajo.

Al margen de este meollo de trabajadores efectivos, necesarios para el buen funcionamiento de la máquina, se extiende ahora una mayoría que se ha vuelto excedentaria, útil, en efecto, para el flujo de la producción pero poco más, y que hace pesar sobre la máquina el riesgo de que, en su desocupación, la sabotee. La amenaza de una desmovilización general es el espectro que recorre el sistema de producción actual. A la pregunta de «¿por qué trabajar, entonces?», no todo el mundo responde como este antiguo beneficiario del RMI en *Libération*: «Por mi bienestar. Necesitaba ocuparme en algo». *Hay un riesgo serio de que acabemos encontrando un empleo de nuestra desocupación*. Esta población flotante debe ocuparse o ser contenida. Ahora bien, no se ha encontrado a día de hoy mejor método disciplinario que el salariado. Habrá entonces que continuar con el desmantelamiento de los «logros sociales», a fin de hacer volver al seno salarial a los más reacios,

aquellos que sólo se rinden ante la alternativa entre morir de hambre o pudrirse en la cárcel. La explosión del sector esclavista de los «servicios personales» debe continuar: mujeres de la limpieza, hostelería, masajes, asistencia a domicilio, prostitución, cuidados médicos, clases particulares, pasatiempos terapéuticos, ayuda psicológica, etcétera. Todo ello acompañado de un aumento continuo de las normas de seguridad, de higiene, de comportamiento y de educación, de una aceleración en la fugacidad de las modas, que establecen por sí solas la necesidad de tales servicios. En Rouen, los parquímetros automáticos han sido substituidos por «parquímetros humanos»: alguien que se aburre en la calle te entrega un ticket de estacionamiento y te alquila, llegado el caso, un paraguas por si cae un chaparrón.

El orden del trabajo fue el orden de un mundo. La evidencia de su ruina le deja a uno paralizado con sólo pensar en todo lo que implica. Trabajar, hoy en día, está menos ligado a la necesidad *económica* de producir mercancías que a la necesidad *política* de producir productores y consumidores, de salvar por todos los medios el orden del trabajo. Producirse a *sí mismo* se está convirtiendo en la ocupación dominante de una sociedad en que la producción se ha quedado sin objeto: como un carpintero al que se hubiera desposeído de su taller y se pusiera, en último extremo, a ce-

pillarse a sí mismo. De ahí el espectáculo de todos esos jóvenes que entrenan su sonrisa para una entrevista de trabajo, se blanquean los dientes para lograr un ascenso, van a la discoteca para estimular el espíritu de equipo, aprenden inglés para incentivar su carrera, se divorcian o se casan para tomar nuevo impulso, asisten a cursos de teatro para convertirse en *líderes* o de «desarrollo personal» para «gestionar mejor los conflictos». «El “desarrollo personal” más íntimo —asegura un gurú cualquiera— conducirá a una mejor estabilidad profesional, una mayor soltura en las relaciones, una agudeza intelectual mejor orientada y, por tanto, un mejor rendimiento económico.» El bullicio de ese vulgo que espera con impaciencia ser seleccionado entrenándose para ser natural tiene que ver con una tentativa de salvamento del orden del trabajo mediante una ética de la *movilización*. Estar movilizado es referirse al trabajo no como actividad, sino como *posibilidad*. El parado que se quita los *piercings*, va a la peluquería y realiza «proyectos», trabaja claramente «por su empleabilidad», como suele decirse, y demuestra de este modo su movilización. La movilización es ese ligero desprendimiento respecto a uno mismo, ese mínimo desgarramiento de lo que nos constituye, esa condición de extrañeza a partir de la que el yo puede ser tomado como objeto de trabajo, y que hace posible *venderse* uno mismo y no su

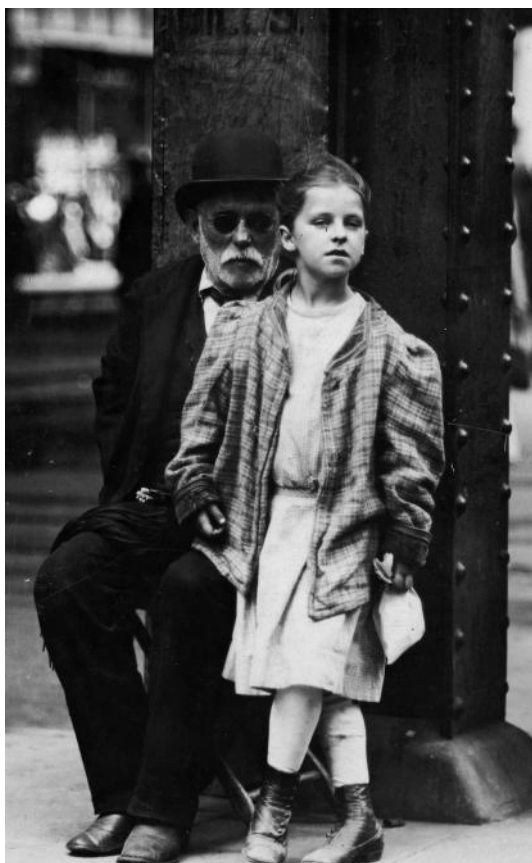


fuerza de trabajo, conseguir remuneración no por lo que uno hace, sino por lo que es, por nuestro exquisito manejo de los códigos sociales, nuestros talentos relacionales, nuestra sonrisa o nuestra apariencia. Es la nueva norma de socialización. La movilización opera la fusión entre los dos polos contradictorios del trabajo: uno mismo participa en su explotación y explota toda participación. Cada uno somos, idealmente, una pequeña empresa, su propio jefe y su propio producto. Se trata, tanto si uno trabaja como si no, de acumular los contactos, las competencias, la «red», en resumen: el «capital humano». La conminación planetaria a movilizarse bajo el menor pretexto —el cáncer, el «terrorismo», un terremoto, los «sin techo»— resume la determinación de las potencias dominantes de mantener el reino del trabajo más allá de su desaparición física.

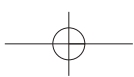
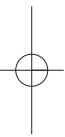
De este modo, el aparato de producción presente es, por un lado, una gigantesca máquina de movilizar psíquica y físicamente, de bombear la energía de los humanos que se han vuelto excedentarios, y por otro, una máquina de *seleccionar* que concede la supervivencia a las subjetividades conformes y deja caer a todos los «individuos en riesgo», todos aquellos que encarnan otro empleo de la vida y, por esta razón, se le resisten. Por un lado, se hace vivir a los espectros; por otro, se deja morir a los vivos. Tal es la función propia-

mente política del aparato de producción presente.

Organizarse más allá y contra el trabajo, desertar colectivamente del régimen de la movilización, manifestar la existencia de una vitalidad y de una disciplina *en la propia desmovilización* es un crimen que una civilización en las últimas no está dispuesta a perdonarnos; es, efectivamente, la única manera de sobrevivir a ella.



Sonríe a la videocámara...



## Cuarto círculo

«¡MÁS SENCILLO, MÁS GUAY,  
MÁS FLEXIBLE Y MÁS SEGURO!»

QUE NO NOS vuelvan a hablar de la «ciudad» y el «campo», y menos aún de su antigua oposición. Lo que se extiende en torno a nosotros no se le parece ni de cerca ni de lejos: es un tapiz urbano único, sin forma ni orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un continuum mundial de hipercentros museificados y parques naturales, de grandes complejos inmobiliarios e inmensas explotaciones agrícolas, de zonas industriales y urbanizaciones, de casas rurales y bares modernos: la metrópolis. Ha existido efectivamente la ciudad antigua, la ciudad medieval y la ciudad moderna; no hay ciudad metropolitana. La metrópolis requiere la síntesis de todo el territorio. En ella todo cohabita, no tanto geográficamente como por el entramado de sus redes.

La ciudad, precisamente porque acaba de desaparecer, es ahora mitificada como Historia. Las fábricas de Lille se convierten en salas de espectáculo, el centro hormigonado de Le Havre es patrimonio de la Unesco. En Pekín, los *butongs* que

rodean la Ciudad Prohibida son destruidos mientras se construyen otros falsos un poco más lejos, para los curiosos. En Troyes, se colocan entramados de vigas de madera sobre edificios de ladrillo a modo de fachada, un arte del pastiche que no deja de evocar las tiendas de estilo victoriano de Disneyland París. Los centros históricos, durante mucho tiempo focos de sedición, encuentran sabiamente su lugar en el organigrama de la metrópolis. Han sido reservados al turismo y al consumo ostentoso. Son los islotes de la magia mercantil, que se mantienen mediante el guirigay y la estética, aunque también mediante la fuerza. La cursilería sofocante de los mercados navideños se paga cada vez con más vigilantes y patrullas de municipales. El control se integra de maravilla en el paisaje de la mercancía, mostrando, a quien quiere verla, su cara autoritaria. La época pertenece a la mezcla, mezcla de fanfarrias, de porras telescópicas y de algodón de azúcar. ¡Cuánta vigilancia policial exige el encantamiento!

Este gusto por lo auténtico-entre-comillas, y por el control que conlleva, acompaña a la pequeña burguesía en su colonización de los barrios populares. Empujada fuera de los hipercentros, se desplaza a ellos para buscar una «vida de barrio» que jamás encontraría en sus barrios residenciales. Y echando a los pobres, a los coches y a los inmigrantes, limpiando el lugar, extirpando los micro-

bios, pulveriza aquello mismo que había ido a buscar. En un anuncio municipal, un agente de limpieza tiende la mano a un guardián de la paz; el eslogan: «Montauban, ciudad limpia».

La decencia que obliga a los urbanistas a no hablar de «la ciudad», la cual han destruido, sino de «lo urbano», debería incitarles también a dejar de hablar de «el campo», que ya no existe. Lo que hay, en su lugar, es un paisaje que se exhibe a las masas estresadas y desarraigadas, un pasado que puede muy bien teatralizarse ahora que los campesinos han sido reducidos a tan poco. Es un marketing que se despliega sobre un «territorio» en el que todo debe ser valorizado o constituido en patrimonio. Se trata siempre del mismo vacío helador que llega hasta las más recónditas parroquias.

La metrópolis es la muerte simultánea de la ciudad y del campo, en la encrucijada donde convergen todas las clases medias, en el contexto de la clase situada en el medio, que, de éxodo rural en «periurbanización», se extiende de forma indefinida. La vitrificación del territorio mundial casa bien con el cinismo de la arquitectura contemporánea. Un instituto, un hospital, una mediateca son distintas variantes del mismo tema: transparencia, neutralidad, uniformidad. Edificios, masivos y fluidos, concebidos sin necesidad de saber qué albergarán, y que *podrían estar aquí* del mis-

mo modo que en cualquier otro sitio. ¿Qué hacer con las torres de oficinas de la Défense, de la Part Dieu o de Euralille?<sup>1</sup> La expresión «flamantemente nuevo» contiene ya su destino. Un viajero escocés, después de que los insurrectos quemaran el ayuntamiento de París en mayo de 1871, da cuenta del singular esplendor del poder en llamas: «... nunca había imaginado nada tan bello; es soberbio. La gente de la Comuna de París son unos miserables malhechores, no lo discuto; pero, ¡qué artistas! ¡Y no fueron conscientes de su obra! ... He visto las ruinas de Amalfi bañadas por el oleaje azul del Mediterráneo, las ruinas de los templos de Tung-hoor en el Punjab; he visto Roma y muchas otras cosas: nada puede compararse a lo que aquella noche tuve ante mis ojos».

Es cierto que quedan prendidos en la malla metropolitana algunos fragmentos de ciudad y algunos residuos de campo. Pero lo vivaz, por su parte, se ha asentado en los lugares de confinamiento. La paradoja quiere que los sitios aparentemente más inhabitables sean los únicos que aún están habitados de alguna manera. Una vieja casa abandonada siempre tendrá un aspecto más poblado que esos apartamentos de alto *standing* donde sólo se pueden colocar los muebles y per-

1. Défense, Part Dieu y Euralille: centros de negocios en las ciudades de París, Lyon y Lille, respectivamente.



feccionar la decoración esperando el próximo traslado. Los barrios de chabolas son en muchas megalópolis los únicos lugares vivos, vivibles, y no sorprende que sean también los lugares más mortales. Son el reverso del decorado electrónico de la metrópolis mundial. Las ciudades dormitorio de los suburbios del norte de París, abandonadas por una pequeña burguesía que partió a la caza de chalets y que ha devuelto a la vida el paro masivo, resplandecen desde entonces con más intensidad que el barrio latino de París. Por el verbo tanto como por el fuego.

Las revueltas de 2005 no nacen de la extrema desposesión, como tanto se ha glosado, sino, al contrario, de la plena posesión del territorio. Uno puede quemar coches porque está harto, pero para propagar la revuelta durante un mes y mantener a la policía en jaque de forma prolongada hay que saber organizarse, contar con complicidades, conocer el terreno a la perfección y compartir un lenguaje y un enemigo común. Los kilómetros y las semanas no impidieron la propagación del fuego, allí donde menos lo esperaban. Al contrario que los teléfonos, el rumor no se puede pinchar.

La metrópolis es el terreno de un incesante conflicto de baja intensidad, en el que las tomas de Basora, de Mogadiscio o de Nablus marcan puntos culminantes. La ciudad, para los militares, fue durante mucho tiempo un lugar que era pre-

ferible evitar, cuando no asediar; la metrópolis, por su lado, es del todo compatible con la guerra. El conflicto armado tan sólo es un momento de su constante reconfiguración. Las batallas emprendidas por las grandes potencias parecen un trabajo policial que se debe rehacer, continuamente, en los agujeros negros de las metrópolis, «ya sea en Burkina Faso, en el sur del Bronx, en Kamagasaki, en Chiapas o en la Courneuve». Las «intervenciones» no buscan tanto la victoria, ni siquiera restablecer el orden y la paz, como la prosecución de un proyecto de seguridad que aún/ya está en marcha. La guerra ya no es aislable en el tiempo, sino que se difracta en una serie de microoperaciones, militares y policiales, para asegurar la seguridad.

La policía y el ejército se adaptan en paralelo y paso a paso. Un criminólogo pide a los CRS que se organicen en pequeñas unidades móviles y profesionalizadas. La institución militar, cuna de los métodos disciplinarios, cuestiona su organización jerárquica. Un oficial de la OTAN aplica a su batallón de granaderos un «método participativo que implica a todos en el análisis, preparación, ejecución y evaluación de una acción. El plan es discutido y discutido durante días, a lo largo del entrenamiento y según las últimas informaciones recibidas ... Nada como un plan elaborado en común para aumentar la adhesión y la motivación».

Las fuerzas armadas no sólo se adaptan a la metrópolis; también le dan forma. Así, los soldados israelíes, desde la batalla de Nablus, se convierten en arquitectos de interiores. Obligados por la guerrilla palestina a abandonar las calles, demasiado peligrosas, aprenden a avanzar vertical y horizontalmente en el interior de las construcciones urbanas, echando abajo paredes y techos para moverse. Un oficial de las fuerzas de defensa israelíes, licenciado en filosofía, explica: «El enemigo interpreta el espacio de una manera clásica, tradicional, y yo me niego a seguir su interpretación y caer en sus trampas ... ¡Quiero sorprenderlo! Ésa es la esencia de la guerra. Debo ganarla ... Eso es todo: he elegido una metodología que me permite atravesar las paredes... como un gusano que avanza comiéndose lo que encuentra en su camino». Lo urbano es más que el teatro del enfrentamiento, es el medio para el mismo. Esto nos obliga a recordar los consejos de Blanqui, en este caso en favor de la insurrección, que recomendaba a los futuros insurgentes de París sitiar las casas de las calles cortadas con barricadas para proteger sus posiciones, horadar las paredes que estuvieran comunicadas, derribar las escaleras de los bajos y perforar los techos para defenderse de eventuales asaltantes, arrancar las puertas para atrancar las ventanas y convertir cada planta en un puesto de tiro.

La metrópolis no es sólo este amasijo urbanizado, esta colisión final de la ciudad y el campo, es también un flujo de seres y de cosas. Una *corriente* que pasa por todas partes, una red de fibras ópticas, de líneas de trenes de alta velocidad, de satélites, de cámaras de videovigilancia, para que este mundo nunca deje de encaminarse a la ruina. Una corriente que querría arrastrarlo todo en su movilidad sin esperanza, que *moviliza* a todo el mundo. En la que estamos asediados por informaciones, así como por otras tantas fuerzas hostiles. En la que sólo nos queda correr. En la que se hace difícil esperar, aunque sea a la enésima línea de metro.

La multiplicación de los medios de transporte y de comunicación nos arranca sin cesar del *aquí* y del *ahora*, mediante la tentación de estar siempre en otro lugar. Tomar un TGV, un RER<sup>2</sup> o un teléfono para estar *ya allí*. Esta movilidad sólo implica desarraigo, aislamiento, exilio. Sería insoportable para cualquiera si no se tratara siempre de movilidad *del espacio privado*, del interior portátil. La burbuja privada no estalla, se pone a flotar. No es la *salida del caparazón*, sino sólo su puesta en movimiento. De una estación, de un centro co-

2. TGV (Train à grande vitesse): tren de alta velocidad; RER (Réseau express régional): red de trenes de cercanías suburbanas de la región parisina.

mercial, de un banco de inversión, de un hotel a otro, en todos lados aparece esa extrañeza, tan banal, tan conocida que reemplaza a la última familiaridad. La exuberancia de la metrópolis está en esta mezcla de ambientes definidos, susceptibles de recombinarse hasta el infinito. Los centros de las ciudades se presentan no ya como lugares idénticos sino como ofertas originales de ambientes entre los que nos movemos, escogiendo uno, dejando otro, según una especie de *shopping* existencial entre estilos de bares, gentes, diseños o *playlists* de un iPod. «Con mi lector de MP3, YO soy el dueño de mi mundo.» Para sobrevivir a la uniformidad que nos rodea, la única opción es reconstituir continuamente el propio mundo interior, como un niño que reconstruyera en todas partes la misma cabaña. Como Robinson reproduciendo su universo de tendero en la isla desierta, salvo que nuestra isla desierta es la civilización misma, y además somos miles los que desembarcamos sin cesar.

Precisamente porque consiste en esta arquitectura de flujos, la metrópolis es una de las formaciones humanas más vulnerables que jamás ha existido. Flexible, sutil, pero vulnerable. Un cierre brutal de las fronteras a causa de una epidemia furiosa, una carencia cualquiera en un suministro vital, un bloqueo organizado de los ejes de comunicación, y todo el decorado se desmorona, sin poder seguir ocultando las escenas de masacres

que la acechan a todas horas. Este mundo no iría tan rápido si no estuviera constantemente perseguido por la proximidad de su caída.

Su estructura en red, toda su estructura tecnológica de nudos y conexiones, su arquitectura descentralizada querrían proteger a la metrópolis de sus inevitables disfunciones. Internet debe resistir a un ataque nuclear. El control permanente de los flujos de informaciones, de hombres y de mercancías debe garantizar la movilidad metropolitana, la trazabilidad, asegurar que nunca falte un palé en un almacén de mercancías, que nunca aparezca una tarjeta robada en el comercio o un terrorista en el avión. Gracias a un pulgar RFID, un pasaporte biométrico o una base de datos de ADN.

Pero la metrópolis produce también los medios para su propia destrucción. Un experto en seguridad americano explica la derrota en Iraq por la capacidad de la guerrilla para sacar provecho de los nuevos modos de comunicación. Con su invasión, los Estados Unidos no importaron tanto la democracia como las redes cibernéticas. Llevaban con ellos una de las armas de su derrota. La multiplicación de teléfonos móviles y puntos de acceso a internet proporcionó a la guerrilla unos medios inéditos para organizarse y para hacerse tan difícilmente atacable.

Cada red tiene sus puntos débiles, unos nudos que, tan sólo con deshacerlos, provoca que la cir-

culación se detenga y que la malla haga implosión. La última gran avería eléctrica europea lo ha demostrado: habría bastado un accidente en una línea de alta tensión para sumir a buena parte del continente en la oscuridad. El primer gesto para que algo pueda surgir en medio de la metrópolis, para que se abran otros posibles, es detener su *perpetuum mobile*. Es lo que han entendido los rebeldes tailandeses que revientan los repetidores eléctricos. Y también los anti-CPE,<sup>3</sup> que han bloqueado las universidades, para después intentar bloquear la economía. Es lo que han entendido los estibadores americanos que se declararon en huelga en octubre de 2002 por el mantenimiento de trescientos empleos, y que bloquearon durante diez días los principales puertos de la Costa Oeste. La economía americana es tan dependiente de los suministros ajustados procedentes de Asia que el coste del bloqueo ascendió a mil millones de euros por día. Por diez mil, es posible hacer vacilar a la mayor potencia económica mundial. Según ciertos «expertos», si el movimiento se hubiera prolongado un mes más, habríamos asistido a «una nueva recesión en Estados Unidos y a una pesadilla económica para el sudeste asiático».

3. CPE (*Contrat premier embauche*): ley laboral anunciada en 2006 que generó una oleada de protestas, lo que obligó al gobierno de Chirac a retirarla.



La joie de vivre.



## Quinto círculo

«¡MENOS BIENES Y MÁS RELACIONES!»

TREINTA AÑOS de paro en masa, de «crisis», de crecimiento a media asta, y se pretende que creamos en la economía. Treinta años jalonados, es verdad, por algunos entreactos de ilusión: el periodo 1981-1983, con la ilusión de que un gobierno de izquierdas pudiera resolver la papeleta; el de los años de la pela (1986-1989), en el que íbamos a ser todos ricos, hombres de negocios o jugadores de bolsa; el entreacto de internet (1998-2000), en el que todos íbamos a encontrar un empleo virtual a fuerza de estar conectados a la red, en el que la Francia multicolor, pero una, multicultural y culta, se llevaría todas las copas del mundo. Pero nosotros hemos agotado todas nuestras reservas de ilusión, hemos tocado fondo, estamos secos, cuando no en descubierto.

A la fuerza, hemos comprendido que: no es la economía la que está en crisis, la economía *es* la crisis; no es el trabajo lo que falta, el trabajo es *lo que sobra*; bien sopesado, no es la crisis sino el crecimiento lo que nos deprime. Hay que reconocerlo: la letanía de las cotizaciones en bolsa nos

conmueve más o menos lo mismo que una misa en latín. Afortunadamente para nosotros, somos ya unos cuantos los que hemos llegado a esta conclusión. No hablamos de todos aquellos que viven de timos diversos, de tejemanejes de todo tipo o llevan diez años cobrando el FMI. De todos aquellos que ya no consiguen identificarse con su trabajo y se dedican a sus *hobbies*. De todos los que están marginados en su trabajo, de todos los enchufados, todos aquellos que hacen lo mínimo y son lo máximo. De todos aquellos a los que golpea esta extraña desvinculación de masas, aún más acentuada por el ejemplo de los jubilados y la sobreexplotación cínica de una mano de obra flexibilizada. No hablamos de ellos, aunque, de un modo u otro, deben de llegar a una conclusión similar.

De lo que hablamos es de todos esos países, de esos continentes enteros que han perdido la fe económica al ver pasar de malos modos los *boeing* del FMI, al tantear un poco el Banco Mundial. Allí no hay nada parecido a esta blanda crisis de vocaciones que padece la economía en Occidente. Lo que ocurre en Guinea, Rusia, Argentina o Bolivia es un descrédito violento y duradero de esta religión y de su clero. «¿Qué son mil economistas del FMI yaciendo en el fondo del mar? Un buen comienzo», bromean en el Banco Mundial. Chiste ruso: «Dos economistas se encuentran. Uno le pregunta al otro: «¿Tú entiendes lo que pasa?». Y el otro con-

testa: “A ver, te lo voy a explicar”. “No, no —replica el primero—, si explicarlo no es difícil, yo también soy economista. Lo que te pregunto es: ¿tú lo entiendes?”. El propio clero finge, por sectores, disentir y criticar el dogma. La última corriente un poco viva de la supuesta «ciencia económica» —corriente que se denomina sin ironía la «economía no autista»— gana dinero, en lo sucesivo, desmontando las usurpaciones, los juegos de manos, los índices adulterados de una ciencia cuyo único rol tangible es reverenciar las elucubraciones de los dominantes, envolver con algo de ceremonia sus llamadas a la sumisión y, en fin, como siempre han hecho las religiones, proporcionar explicaciones. Pues el malestar general deja de ser soportable en cuanto aparece tal como es: sin causa ni razón.

El dinero ya no es respetado en ningún sitio, ni por aquellos que lo tienen, ni por aquéllos a los que les falta. El veinte por ciento de los jóvenes alemanes, cuando se les pregunta a qué se quieren dedicar, responden: «artistas». El trabajo ya no se soporta como algo propio de la condición humana. Los departamentos de contabilidad de las empresas confiesan que ya no saben dónde nace el valor. La mala reputación del mercado habría podido con él desde hace una década larga, si no fuese por la rabia y los vastos medios de sus apologistas. El progreso se ha convertido, para el sentido común, en sinónimo de desastre. En el mundo de la economía hay fugas

por todos lados, como había en la URSS en la época de Andropov. Quien sepa algo acerca de los últimos años de la URSS captará sin esfuerzo en las llamadas al voluntarismo de nuestros dirigentes, en los revoloteos en torno a un porvenir al que se ha perdido la pista, en las profesiones de fe en «la reforma» de cualquier cosa, los primeros crujidos en la estructura del Muro. La caída del bloque socialista no consagró el triunfo del capitalismo, sino que sólo atestiguó la quiebra de una de sus formas. Además, la ejecución de la URSS no fue protagonizada por un pueblo sublevado, sino por una *nomenklatura* en reconversión. Al proclamar el fin del socialismo, una parte de la clase dirigente se libró, en primer lugar, de todos los deberes anacrónicos que la ligaban al pueblo. Tomó el control *privado* de lo que ya controlaba, pero en nombre de todos. «Puesto que fingien que nos pagan, finjamos que trabajamos», se decía en las fábricas. «Por eso que no quede, dejemos de fingir», respondió la oligarquía. Para unos, las materias primas, las infraestructuras industriales, el complejo militar-industrial, los bancos; para los otros, las discotecas, la miseria o la emigración. Del mismo modo que ya no se creía en la URSS bajo Andropov, actualmente, en las salas de reunión, en los talleres y en las oficinas, ya no se cree en Francia. «¡Por eso que no quede!», responden patrones y gobernantes, quienes ya no se molestan siquiera en suavizar «las duras leyes de la economía», trasladan

una fábrica durante la noche para anunciar su cierre al personal por la mañana, y no dudan en mandar al GING<sup>1</sup> para detener una huelga, como se hizo con la de SNCM<sup>2</sup> o durante la ocupación, el año pasado, de una planta de clasificación de residuos en Rennes. Toda la actividad mortífera del poder actual consiste en, por un lado, gestionar esta ruina y, por el otro, sentar las bases de una «nueva economía».

Pese a todo, nos habíamos acostumbrado a la economía. Desde hacía generaciones se nos disciplinaba, se nos pacificaba, se hacía de nosotros *sujetos*, naturalmente productivos, contentos de consumir. Y entonces va y se revela todo aquello que nos habíamos esforzado en olvidar: *que la economía es una política*. Y que esta política, hoy en día, es una política de selección en el seno de una humanidad que se ha vuelto, en masa, superflua. De Colbert a de Gaulle pasando por Napoleón III, el Estado ha concebido siempre la economía como política, no menos que la burguesía, que se beneficia de ella, y los proletarios, que la afrontan. No hay mucho más que este extraño estrato intermedio de la población, este curioso agregado sin fuerza de *aquellos que no toman partido*, la pequeña burguesía, que siempre ha fingi-

1. GING (Groupe d'intervention de la gendarmerie nationale): grupo de intervención de la gendarmería francesa.

2. SNCM (Société nationale maritime Corse Méditerranée): compañía marítima de navegación de Córcega.

do creer en la economía como en una realidad, porque su neutralidad quedaba así preservada. Pequeños comerciantes, pequeños jefes, pequeños funcionarios, dirigentes, profesores, periodistas, intermediarios de todo tipo forman en Francia esta no-clase, esta gelatina social compuesta de la masa de aquellos que querrían simplemente pasar su pequeña vida privada al margen de la historia y sus tumultos. Este pantanal es por naturaleza el campeón de la falsa conciencia, dispuesto a todo para mantener, en su duermevela, los ojos cerrados ante la guerra que arrasa a su alrededor. Así que, en Francia, cada vez que se despeja el frente, se inventan una nueva extravagancia. Durante los últimos diez años, fue ATTAC y su inverosímil tasa Tobin —cuya instauración hubiera requerido nada menos que la creación de un gobierno mundial—, su apología de la «economía real» contra los mercados financieros y su conmovedora nostalgia del Estado. La comedia duró lo que duró, y acabó en simple mascarada. Una extravagancia sigue a la otra, y aparece el *decrecimiento*. Si ATTAC, con sus cursos de educación popular, ha intentado salvar la economía *como ciencia*, el decrecimiento, por su parte, pretende salvarla *como moral*. Sólo hay una alternativa al apocalipsis en marcha: decrecer. Consumir y producir menos. Devenir alegremente frugales. Comer productos bio, andar en bicicleta, dejar de fumar y vigilar con severidad los productos que se compran. Contentar-

se con lo estrictamente necesario. Simplicidad voluntaria. «Redescubrir la verdadera riqueza en el florecimiento de unas relaciones sociales distendidas en un mundo sano.» «No echar mano de nuestro capital natural.» Ir hacia una «economía sana». «Evitar la regulación por el caos.» «No generar crisis sociales que pongan en duda la democracia y el humanismo.» En resumen: *volverse ahorrador*. Regresar a la *economía de papá*, la edad de oro de la pequeña burguesía: los años cincuenta. «Cuando el individuo se convierte en un buen ahorrador, su propiedad cumple entonces a la perfección su papel, que es el de permitirle disfrutar de su propia vida al resguardo de la existencia pública o en el recinto privado de su vida.»

Un grafista con un jersey artesanal bebe, con unos amigos, un cóctel de frutas en la terraza de un café étnico. Son elocuentes, cordiales, bromean moderadamente, ni demasiado ruidosos, ni demasiado silenciosos, se miran sonriendo, un poco pánfilos: qué civilizados son. Más tarde, unos irán a labrar la tierra de un jardín de barrio mientras que otros se marcharán a hacer cerámica, zen o a ver una película de animación. Comulgan con el justo deseo de formar una nueva humanidad, la más sabia, la más refinada, la última. Y tienen razón. Apple y el decrecimiento convergen, curiosamente, en la civilización del futuro. La idea de retorno a la economía de antaño de los unos es la niebla oportuna detrás de la que se aproxima la idea de un gran salto en tecnología

avanzada de los otros. Y es que en la Historia los retornos no existen. La exhortación a volver al pasado tan sólo expresa una de las formas de conciencia de su tiempo, y rara vez se trata de la menos moderna. El decrecimiento no es, por casualidad, la bandera de los publicistas disidentes de la revista *Casseurs de pub*. Los inventores del crecimiento cero —el Club de Roma en 1972— eran de hecho un grupo de industriales y de funcionarios que encontraron respaldo en un informe de los cibernéticos del MIT.

Esta convergencia no es fortuita. Se inscribe en las marchas forzadas para encontrar un relevo a la economía. El capitalismo ha desintegrado en su propio beneficio todo lo que pervivía de los vínculos sociales y se lanza ahora a su reconstrucción sobre *unas nuevas bases*. La sociabilidad metropolitana actual es la incubadora de este proceso. Del mismo modo, ha asolado los mundos naturales y se lanza en este momento a la absurda idea de reconstituirlos como entornos controlados, dotados de sensores adecuados. A esta nueva humanidad le corresponde una nueva economía, que querría dejar de ser una esfera separada de la existencia para ser su tejido, que querría ser la materia de las relaciones humanas; una nueva definición del trabajo como trabajo sobre uno mismo, y del Capital como capital humano; una nueva idea de la producción como producción de bienes relacionales, y del consumo como consumo de situaciones; y, sobre todo, una nueva idea del valor



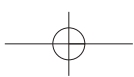
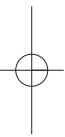
que abarcaría todas las cualidades de los seres. Esta «bioeconomía» en gestación concibe el planeta como un sistema cerrado que hay que gestionar, y pretende sentar las bases de una ciencia que integraría todos los parámetros de la vida. Una ciencia así podría hacernos lamentar un día los buenos tiempos de los índices engañosos, con los que se pretendía medir la felicidad de la gente según el crecimiento del PIB, pero en los que, al menos, nadie creía.

«Revalorizar los aspectos no económicos de la vida» es una consigna del decrecimiento, al igual que el programa de reforma del Capital. Pueblos ecológicos, cámaras de videovigilancia, espiritualidad, biotecnologías y buena convivencia pertenecen al mismo «paradigma civilizacional» en formación, el de la economía total engendrada desde la base. Su matriz intelectual no es otra que la cibernética, la ciencia de los sistemas; *de su control*, se entiende. Para imponer definitivamente la economía, con su ética del trabajo y su avaricia, fue necesario, a lo largo del siglo XVII, internar y eliminar a toda la fauna de ociosos, mendigos, brujas, locos, vividores y a otros pobres sin patria ni hogar; toda una humanidad que desmentía con su sola existencia el orden del interés y la contención. La nueva economía no se impondrá sin una selección semejante de los sujetos y de las zonas aptas para la mutación. El tan anunciado caos será la oportunidad para esa selección; o nuestra victoria sobre este detestable proyecto.



El fetichismo de la mercancía.





## Sexto círculo

«EL MEDIO AMBIENTE  
ES UN DESAFÍO INDUSTRIAL»

LA ECOLOGÍA ES el descubrimiento del año. Desde hacía treinta años, ese asunto se dejaba en manos de los verdes, uno se reía de ello sonoramente el domingo y adoptaba un aire preocupado el lunes. Y va ahora y nos alcanza. Invade las ondas como la canción del verano, porque estamos a veinte grados en diciembre.

Una cuarta parte de las especies de peces ha desaparecido de los océanos. Al resto tampoco le queda mucho tiempo.

Alerta de gripe aviar: prometen abatir al vuelo a las aves migratorias, en cientos de miles.

La tasa de mercurio en la leche materna es diez veces superior a la tasa autorizada en la de vaca. Esos labios que se hinchan cuando muerdo la manzana; y, sin embargo, venía del mercado. Los gestos más simples se han vuelto tóxicos. Se muere a los treinta y cinco años «de una larga enfermedad», que se controla como se ha controlado todo lo demás. Deberíamos haber sacado conclusiones

antes de que llegara allí, al pabellón B de la unidad de cuidados paliativos.

Hay que reconocerlo: toda esta «catástrofe», en la que insisten tan ruidosamente, no nos afecta. Por lo menos, no antes de que nos golpee con una de sus imprevisibles consecuencias. Nos concierne quizás, pero no nos afecta. Y, sin embargo, la catástrofe está ahí.

No hay «catástrofe medioambiental». Hay una catástrofe *que es el medio ambiente*. El medio ambiente es lo que le queda al hombre cuando lo ha perdido todo. Quienes viven en un barrio, en una calle, en un pequeño valle, en una guerra, en un taller, no tienen «medio ambiente»; se mueven en un mundo poblado por presencias, peligros, amigos, enemigos, puntos de vida y puntos de muerte, por todo tipo de seres. Este mundo tiene una consistencia, que varía con la intensidad y calidad de los vínculos que nos ligan a todos esos seres, a todos esos lugares. Sólo nosotros, hijos de la desposesión final, exiliados de última hora —que venimos al mundo en cubos de cemento, recogemos la fruta en los supermercados y a quienes el eco del mundo nos llega a través de la tele—, podíamos *tener un medio ambiente*. Sólo nosotros podíamos asistir a nuestra propia aniquilación como si se tratara de un simple cambio de aires. Indignarnos por los últimos avances del desastre y redactar pacientemente su enciclopedia.

Lo que se ha fijado en un medio ambiente es una relación con el mundo fundada en la *gestión*, es decir, en la extrañeza. Una relación con el mundo tal que no estamos hechos *ni* del murmullo de los árboles, *ni* de los olores a fritura del edificio, *ni* del discurrir del agua, *ni* de la algarabía de los patios de escuela o de la humedad de las tardes de verano; una relación con el mundo tal que estoy YO y el medio ambiente, que me rodea sin constituirme jamás. Nos hemos convertido en vecinos en una reunión de propietarios planetaria. Es casi imposible imaginar un infierno más completo.

Ningún entorno material ha merecido nunca el nombre de *medio ambiente*, excepto quizás la metrópolis en la actualidad. Voz digitalizada en los anuncios, tranvía con silbido muy siglo XXI, luz azulada de farola en forma de cerilla gigante, peatones caracterizados como maniqués fallidos, rotación silenciosa de una cámara de videovigilancia, tintineo lúcido de las máquinas del metro, cajas del supermercado, lectores de tarjetas de identificación en las oficinas, ambiente electrónico en el cibercafé, derroche de pantallas de plasma, de vías rápidas y de látex. Nunca un decorado pudo prescindir tan fácilmente de las almas que lo atraviesan. Nunca un entorno fue tan *automático*. Nunca un contexto fue tan indiferente y exigió a cambio, para sobrevivir en él, tanta indi-

ferencia. El *medio ambiente* no es finalmente más que esto: la relación con el mundo propia de la metrópolis que se proyecta sobre todo lo que escapa a ella.

La situación es la siguiente: emplearon a nuestros padres en la destrucción de este mundo; ahora querrían hacernos trabajar para su reconstrucción y que ésta sea, para colmo, rentable. La excitación mórbida que anima desde entonces a periodistas y publicistas en cada nueva prueba del calentamiento climático desvela la sonrisa de acero del nuevo capitalismo verde, aquel que se venía anunciando desde los años setenta, que se esperaba con expectación y que no acababa de llegar. Pues bueno, ¡ya está aquí! La ecología, ¡es él! Las soluciones alternativas, ¡otra vez él! La salud del planeta, ¡sigue siendo él! No cabe duda: el fondo del aire es verde; el medio ambiente será el pivote de la economía política del siglo XXI. A cada brote de catastrofismo corresponderá, en lo sucesivo, una ráfaga de «soluciones industriales».

El inventor de la bomba H, Edward Teller, sugiere pulverizar millones de toneladas de polvo metálico en la estratosfera para detener el calentamiento climático. La NASA, frustrada por haber tenido que aparcar su gran idea del escudo antimisiles en el museo de las fantasmagorías de la Guerra Fría, promete colocar más allá de la órbita lunar un espejo gigante para protegernos de los



ahora funestos rayos de sol. Otra visión de futuro: una humanidad motorizada desplazándose de São Paulo a Estocolmo gracias al bioetanol; el sueño de un cultivador de cereales de la región de Beauce, que no supone, al fin y al cabo, más que la *conversión de todas* las tierras arables del planeta en campos de soja y remolacha azucarera. Coches ecológicos, energías limpias y consultoría medioambiental coexisten sin problemas con la última publicidad de Chanel en las páginas satinadas de las revistas de opinión.

Y es que el medio ambiente tiene el mérito incomparable de ser, nos dicen, el principal *problema global* que se plantea a la humanidad. Un *problema global*, es decir, un problema para el que sólo quienes están organizados globalmente pueden tener la solución. Y a ésos ya los conocemos. Son los grupos que desde hace un siglo están en la avanzadilla del desastre y cuentan con permanecer ahí, al precio mínimo de un cambio de logotipo. Que EDF<sup>1</sup> tenga el descaro de volver mencionar su programa nuclear como nueva solución a la crisis energética da buena cuenta del parecido existente entre las nuevas soluciones y los viejos problemas.

De las secretarías de Estado a las trastiendas de los cafés alternativos, las preocupaciones se enun-

1. EDF (Electricité de France): compañía francesa de electricidad.

cian ahora con las mismas palabras, que son por lo demás las mismas de siempre. Se trata de *movilizarse*. No por la reconstrucción, como en la postguerra; no por los etíopes, como en los años ochenta; no por el empleo, como en los años noventa. No, esta vez es por el medio ambiente, que os lo agradece mucho. Al Gore, la ecología a la Hulot y el decrecimiento se alinean con las eternas grandes almas de la República para jugar su rol de reanimación del vulgo de izquierdas y del idealismo característico de la juventud. Con la austeridad voluntaria por estandarte, trabajan benéfica-mente para que nos adaptemos «al estado de emergencia ecológica que viene». La masa redonda y pegajosa de su culpabilidad se abate sobre nuestras espaldas cansadas y querría empujarnos a cultivar nuestro jardín, a reciclar selectivamente nuestra basura y a elaborar abono biológico con los restos del festín macabro en y para el que hemos sido criados.

Afrontar el reemplazo de la energía nuclear, los excedentes de CO<sub>2</sub> en la atmósfera, el deshielo de los glaciares, los huracanes, las epidemias, la superpoblación mundial, la erosión de los suelos, la desaparición masiva de las especies vivas... ésa será nuestra carga. Si queremos salvar nuestro bello modelo de civilización, «es responsabilidad de cada uno cambiar su comportamiento», dicen. Hay que consumir poco *para poder seguir consu-*

*miendo*. Fabricar productos biológicos para *poder seguir produciendo*. Hay que autocontenerse *para poder seguir conteniendo*. Así es como la lógica del mundo pretende sobrevivir a sí misma dándose aires de ruptura histórica. Es así como les gustaría convencernos para que participáramos en los grandes desafíos industriales de este siglo. Y somos tan tontos que estaríamos dispuestos, para que nos saquen de aquí, a echarnos en brazos de los mismos que capitanearon el saqueo.

La ecología no es únicamente la lógica de la economía total, es también la nueva moral del Capital. El estado de crisis interna del sistema y el rigor de la selección que está teniendo lugar son tales que se hace necesario un nuevo criterio en nombre del cual llevar a cabo semejantes elecciones. A lo largo de todas las épocas, la idea de virtud no ha sido nunca más que una invención del vicio. De no ser por la ecología, no se podría justificar la existencia hoy en día de dos ramos de alimentación, uno «sano y biológico» para los ricos y sus niños, otro notoriamente tóxico para la plebe y sus retoños abocados a la obesidad. La hiperburguesía planetaria no sabría hacer pasar por respetable su tren de vida si sus últimos caprichos no fueran escrupulosamente «respetuosos con el medio ambiente». Sin ecología, nada seguiría teniendo suficiente autoridad para acallar toda objeción a los progresos exorbitantes del control.

Trazabilidad, transparencia, certificación, ecoimpuestos, excelencia medioambiental y policía del agua permiten augurar el estado de excepción ecológica que se avecina. Todo le está permitido a un poder que se ampara en la naturaleza, la salud y el bienestar.

«Una vez la nueva cultura económica y conductual se haya asentado, las medidas coercitivas caerán *sin duda* por sí solas.» Es necesario todo el ridículo aplomo de un aventurero de plató de televisión para mantener una perspectiva tan heladora y pedirnos, al mismo tiempo, que tengamos suficiente «dolor de planeta» para movilizarnos y que permanezcamos lo bastante anestesiados para asistir a todo esto con discreción y urbanidad. El nuevo ascetismo bio es el *control de uno mismo* que se requiere de todo el mundo para negociar la operación de salvamento a la que el propio sistema se ha abocado. En adelante habrá que apretarse el cinturón en nombre de la ecología, como ayer se hizo en nombre de la economía. La carretera podría, por qué no, transformarse en carril bici; podríamos incluso, en estas latitudes, ser agradecidos con un ingreso garantizado, pero sólo al precio de una existencia del todo terapéutica. Aquellos que pretenden que el autocontrol generalizado nos ahorrará una dictadura medioambiental mienten: uno allanará el terreno al otro, y tendremos ambas cosas.

Mientras exista el Hombre y el Medio ambiente, la policía estará entre los dos.

En los discursos ecologistas hay que darle la vuelta a todo. Allí donde hablan de «catástrofes» para designar los patinazos del régimen actual de gestión de los seres y las cosas, nosotros sólo vemos la catástrofe de su tan perfecto funcionamiento. La mayor hambruna conocida hasta entonces en la zona tropical (1876-1879) coincidió con una sequía mundial, pero sobre todo con el apogeo de la colonización. La destrucción de los mundos campesinos y de las prácticas de subsistencia había provocado la desaparición de los medios para hacer frente a la penuria. Más que la falta de agua, fueron los efectos de la economía colonial en plena expansión los que cubrieron toda la franja tropical de millones de cadáveres escuálidos. Lo que se presenta por todas partes como catástrofe ecológica no ha dejado nunca de ser, en primer lugar, la manifestación de una desastrosa relación con el mundo. El hecho de no habitar nada nos vuelve vulnerables al menor bache del sistema, al más ligero avatar. Mientras al acercarse el último tsunami los turistas seguían jugueteando en las olas, los cazadores-recolectores de las islas se apresuraban a huir de las costas siguiendo a los pájaros. La paradoja actual de la ecología es que, bajo el pretexto de salvar la Tierra, se salva únicamente el

fundamento de lo que la ha convertido en un astro desolado.

La regularidad del funcionamiento mundial oculta normalmente nuestro estado de desposesión propiamente catastrófico. Eso a lo que se llama «catástrofe» no es más que la suspensión forzada de este estado, uno de esos raros momentos en los que recobramos alguna presencia en el mundo. ¡Que se acaben antes de lo previsto las reservas de petróleo, que se interrumpan los flujos internacionales que mantienen el *tempo* de la metrópolis, que nos encaminemos hacia grandes desajustes sociales, que se produzca el «asalvajamiento de las poblaciones», la «amenaza planetaria», el «fin de la civilización»! Toda pérdida de control es preferible a cualquiera de los argumentos que defienden el control de la crisis. Los mejores consejos no deben buscarse, por lo tanto, entre los especialistas en desarrollo sostenible. Es en las disfunciones, en los cortocircuitos del sistema, donde aparecen los elementos de respuesta lógicos a lo que podría dejar de ser un problema. De entre los firmantes del Protocolo de Kioto, los únicos países, a día de hoy, que cumplen con sus compromisos son, muy a pesar suyo, Ucrania y Rumanía. Adivinad por qué. La experimentación más avanzada a escala mundial en cuestión de agricultura biológica se desarrolla desde 1989 en la isla de Cuba. Fue a lo largo de los caminos africanos, y

no en otro sitio, donde la mecánica del automóvil se elevó al rango de arte popular. Adivinad cómo.

Lo que hace deseable la crisis es que en ella el medio ambiente deja de ser el medio ambiente. Nos lleva a restablecer un contacto, por fatal que sea, con lo que está ahí, a redescubrir los ritmos de la realidad. Lo que nos rodea ya no es paisaje, panorama, teatro, sino aquello que nos es dado habitar, con lo que debemos transigir y de lo que debemos aprender. No dejaremos que nos roben los causantes de las posibilidades contenidas en la catástrofe. Ahí donde los gobernantes se interrogan platónicamente sobre cómo dar un cambio radical «sin echarlo todo por tierra», nosotros no vemos otra opción que «echar todo por tierra» lo antes posible y, entretanto, sacar partido de cada derrumbe del sistema para ganar fuerza.

Nueva Orleans, algunos días después del paso del huracán Katrina. En esta atmósfera de apocalipsis, una vida se reorganiza, aquí y allá. Ante la inacción de los poderes públicos, más ocupados limpiando las zonas turísticas del barrio francés y protegiendo las tiendas que ayudando a los habitantes pobres de la ciudad, unas formas olvidadas renacen. A pesar de los intentos, en ocasiones enérgicos, de evacuar la zona, y a pesar de las partidas de «caza del negro» abiertas para la ocasión por unas milicias supremacistas, muchos no quisieron abandonar el terreno. Para los que rechaza-

ron ser deportados como «refugiados medioambientales» a todos los rincones del país, y para aquellos que, desde distintos lugares, decidieron unirse a ellos en solidaridad, respondiendo al llamamiento de un antiguo Pantera Negra, resurgió la evidencia de la autoorganización. En cuestión de algunas semanas se puso en pie la Common Ground Civic. Este verdadero hospital de campaña dispensa desde los primeros días cuidados gratuitos, cada vez más eficaces gracias a la afluencia incesante de voluntarios. Desde hace ahora un año, la clínica es el eje de una resistencia cotidiana a la operación de *tabula rasa* llevada a cabo por las excavadoras del gobierno, a fin de entregar toda esta zona de la ciudad como pasto a los promotores. Cocinas populares, abastecimiento de víveres, medicina de calle, movilizaciones salvajes, construcción de viviendas de urgencia: todo un saber práctico acumulado por unos y otros a lo largo de sus vidas encontró allí un espacio en donde desplegarse. Lejos de los uniformes y de las renas.

Quien conoció la alegría pobre de estos barrios de Nueva Orleans antes de la catástrofe, la desconfianza hacia el Estado que ya reinaba en ellos y la práctica masiva del apaño, no se sorprenderá de que todo esto haya sido posible. Quien, por el contrario, se encuentre atrapado en la cotidianeidad anémica y atomizada de nuestros



## SEXTO CÍRCULO

105

desiertos residenciales podrá dudar de que exista allí tal determinación. Recuperar esos gestos ocultos bajo años de vida normalizada es, no obstante, la única vía practicable para no hundirse con el mundo. Y que venga un tiempo del que nos quedemos prendados.



Non, je ne regrette rien...

## Séptimo círculo

«AQUÍ SE ESTÁ CONSTRUYENDO  
UN ESPACIO CIVILIZADO»

LA PRIMERA carnicería mundial, que permitió, de 1914 a 1918, deshacerse de un plumazo de una buena parte del proletariado del campo y la ciudad, se llevó a cabo en nombre de la libertad, la democracia y la civilización. Desde hace cinco años se realizan, aparentemente en nombre de esos mismos valores, asesinatos con objetivos específicos en operaciones especiales, la famosa guerra contra el «terrorismo». El paralelismo acaba aquí: en las apariencias. La civilización ya no es esta evidencia que se transporta a los pueblos indígenas sin más. La libertad ya no es esa palabra que se escribe en las paredes ahora que va seguida, como su sombra, por la de «seguridad». Y la democracia es, como se sabe, soluble en las más puras legislaciones de excepción —por ejemplo, en el restablecimiento oficial de la tortura en los Estados Unidos o en la Ley Perben II en Francia—.

En un siglo, la libertad, la democracia y la civilización han sido reducidas al estado de hipóte-

sis. Todo el trabajo de los políticos consiste desde este momento en acomodar las condiciones materiales y morales, simbólicas y espaciales, en que estas hipótesis son más o menos validadas, en configurar espacios en los que parezcan funcionar. Todos los medios son válidos para alcanzar este fin, incluidos los menos democráticos, los menos civilizados, los más restrictivos. En un siglo, la democracia ha presidido regularmente el nacimiento de los regímenes fascistas; la civilización no ha dejado de rimar, con música de Wagner o de Iron Maiden, con exterminación, y la libertad adoptó un día de 1929 el doble rostro de un banquero que se tira por la ventana y de una familia de obreros que muere de hambre. Quedó acordado a partir de entonces —digamos a partir de 1945— que la manipulación de masas, la actividad de los servicios secretos, la restricción de las libertades públicas y la completa soberanía de las diferentes policías se contaban entre los medios apropiados para asegurar la democracia, la libertad y la civilización. En la última etapa de esta evolución aparece el primer alcalde socialista de París, quien da el último toque a la pacificación urbana, a la planificación policial de un barrio popular, y se explica con palabras cuidadosamente medidas: «Aquí se está construyendo un espacio civilizado». No hay nada que replicar a esto, sólo hay que destruirlo del todo.

Bajo la apariencia de generalidad, la cuestión de la civilización no tiene nada de filosófica. Una civilización no es una abstracción que domina la vida. Es además lo que rige, invade y coloniza la existencia más cotidiana, más personal. Es lo que mantiene unida la dimensión más íntima y la más general. En Francia, la civilización es inseparable del Estado. Cuanto más fuerte y antiguo es un Estado, menos tiene de superestructura, de exoesqueleto de la sociedad, y más formado está por las subjetividades que lo pueblan. El Estado francés es la trama misma de las subjetividades francesas, el aspecto que ha adoptado la multiseccular castración de sus sujetos. No hay que sorprenderse, después de esto, de que tantas personas deliren con figuras políticas en los hospitales psiquiátricos, de que se coincida en ver a nuestros dirigentes como el origen de todos los males, de que guste tanto protestar contra ellos, ni de que este modo de protestar sea la aclamación mediante la cual los entronizamos como nuestros amos. Y es que aquí uno no se preocupa de la política como de una realidad ajena sino como de una parte de sí mismo. La vida con la que invertimos a estas figuras es la misma que nos ha sido arrebatada.

Si existe una excepción francesa, ésta deriva de ahí. Incluso la proyección mundial de la literatura francesa es fruto de esta amputación. En Francia, la literatura es el espacio que soberanamente se ha otorgado para divertimento de los

castrados. Es la libertad formal que se ha concedido a quienes no se adaptan a la nada de su libertad real. De ahí los guiños obscenos que no cesan de intercambiar desde hace siglos, en este país, hombres de Estado y hombres de letras, mientras se toman prestado gustosamente el traje los unos a los otros. De ahí también que los intelectuales tengan la costumbre de hablar tan alto cuando están por los suelos, y de ausentarse siempre en el momento decisivo, el único que habría dado sentido a su existencia, aunque también les habría desterrado de su profesión.

Es una tesis defendida y defendible que la literatura moderna nace con Baudelaire, Heine y Flaubert, como consecuencia de la masacre de Estado de junio de 1848. En la sangre de los insurgentes parisinos y en contra del silencio que rodea a la matanza nacen las formas literarias modernas —melancolía, ambivalencia, fetichismo de la forma e indiferencia mórbida—. La afección neurótica que los franceses profesan a su República —ésa en nombre de la que cualquier pifia adquiere dignidad y cualquier canallada carta de nobleza— prolonga continuamente la inhibición de los sacrificios fundadores. Las jornadas de junio de 1848 —mil quinientos muertos durante los combates y varios miles de ejecuciones sumarias entre los prisioneros, la Asamblea que acoge la rendición de la última barricada al grito de «*Vive la Républi-*

*que:*»— y la Semana Sangrienta son unas manchas de nacimiento que ninguna cirugía tiene la habilidad de borrar.

Kojève escribía en 1945: «El ideal político “oficial” de Francia y de los franceses es aún hoy el del Estado-nación, el de la “República una e indivisible”. Por otra parte, en las profundidades de su alma, el país se da cuenta de la insuficiencia de este ideal, del anacronismo político de la idea estrictamente “nacional”. Es cierto que ese sentimiento no ha alcanzado todavía el nivel de una idea clara y distinta: el país no puede y no quiere todavía formularlo abiertamente. Además, en razón del esplendor excepcional de su pasado *nacional*, es particularmente difícil para Francia reconocer con claridad y aceptar francamente el hecho del fin del periodo “nacional” de la Historia y extraer las consecuencias de ello. Es duro, para un país que ha creado pieza a pieza la armazón ideológica del nacionalismo y que la ha exportado al mundo entero, reconocer que a partir de ahora tan sólo se trata de un periodo para clasificar en los archivos históricos».

La cuestión del Estado-nación y su duelo está en el centro de lo que, desde hace más de medio siglo, se puede denominar *el malestar francés*. Se llama educadamente «alternancia» a ese acuerdo amistoso paralizado, a ese modo de pasar pendularmente de izquierda a derecha, y luego de dere-

cha a izquierda, del mismo modo que la fase maníaca sigue a la depresiva y una prepara a la otra; del mismo modo que cohabitan en Francia la más crítica oratoria del individualismo y el cinismo más salvaje; la mayor generosidad y el temor a las multitudes. Desde 1945, este malestar, que sólo pareció disiparse gracias a Mayo del 68 y a su fervor insurreccional, no ha dejado de aumentar. La era de los Estados, de las naciones y de las repúblicas acaba; el país que ha sacrificado en su nombre lo que tenía de vivaz queda aturrido. La explosión que provocó la simple frase de Jospin «el Estado no lo puede todo», anticipa la que producirá tarde o temprano la revelación de que ya no puede nada. Esta sensación de haber sido estafados no deja de crecer y de gangrenarse. Funda esa rabia latente que emerge con cualquier excusa. El duelo que no se hizo por la era de las naciones es la clave del anacronismo francés, así como de las posibilidades revolucionarias que tiene en reserva.

Sea cual sea su resultado, el papel de las próximas elecciones municipales es el de provocar el fin de las ilusiones francesas, el de hacer estallar la burbuja histórica en la que vivimos y que hacen posibles unos *acontecimientos* como el movimiento contra el CPE, algo que se observa atentamente desde el extranjero como una pesadilla que se escapó de los años setenta. Por eso nadie desea, en



el fondo, esas elecciones. No cabe duda de que Francia es la linterna *roja* de la zona occidental.

Occidente es hoy un GI que arremete contra Faluya a bordo de un carro de combate Abraham MI mientras escucha *hard rock* a todo trapo. Es un turista perdido en medio de las llanuras de Mongolia, burlado por todos y que agarra con fuerza la tarjeta de crédito como su única tabla de salvación. Es un mánager que sólo jura por el juego del go. Es una joven que busca la felicidad entre la ropa, los tós y las cremas hidratantes. Es un militante suizo de los derechos humanos que acude a todos los rincones del mundo, solidario con cualquier revuelta siempre que sea derrotada. Es un español al que le da bastante igual la libertad política desde que se le garantiza la libertad sexual. Es un aficionado al arte que presenta ante un público pasmado de admiración, y como última expresión del genio moderno, a un siglo de artistas que, del surrealismo al accionismo vienés, rivalizan por el escupitajo más certero a la cara de la civilización. Es, en suma, un cibernético que ha encontrado en el budismo una teoría realista de la conciencia y un físico de partículas que ha ido a buscar en la metafísica hinduista la inspiración para sus últimos hallazgos.

Occidente es la civilización que ha sobrevivido a todas las profecías sobre su desmoronamiento mediante una singular estratagema. Del mismo

modo que la burguesía ha tenido que negarse *como clase* para permitir el aburguesamiento de la sociedad, del obrero al barón; del mismo modo que el capital ha tenido que sacrificarse *como relación salarial* para imponerse como relación social, transformándose de esta manera en capital cultural y capital de salud, así como en capital financiero; del mismo modo que el cristianismo ha tenido que sacrificarse como religión para perpetuarse como estructura afectiva, como conminación difusa a la humildad, a la compasión y a la impotencia, Occidente *se ha sacrificado como civilización particular para imponerse como cultura universal*. La operación se resume así: una entidad agónica se sacrifica como contenido para sobrevivir como forma.

El individuo hecho trizas se salva como forma gracias a las tecnologías «espirituales» de la superación personal. El patriarcado, cargando a las mujeres con todos los penosos atributos del mal: voluntad, autocontrol, insensibilidad. La sociedad desintegrada, propagando una epidemia de sociabilidad y diversión. Así, todas las grandes ficciones caducadas de Occidente se mantienen mediante artificios que las desmienten punto por punto.

No hay «choque de civilizaciones». Lo que hay es una civilización en estado de muerte clínica, sobre la que se despliega todo un equipo de supervivencia artificial, y que esparce por la atmós-

fera planetaria una pestilencia característica. Llegados a este punto, no hay ni uno solo de sus valores en el que siga creyendo de un modo u otro, y toda afirmación le parece un acto impúdico, una provocación que conviene despedazar, *deconstruir*, y llevar al estado de duda. El imperialismo occidental, hoy en día, es el del relativismo, el de «es tu punto de vista», es la miradita de reojo o la protesta ofendida contra el que es lo bastante tonto, primitivo o engreído como para seguir creyendo en algo, para afirmar cualquier cosa. Es el dogmatismo del cuestionamiento que guiña un ojo cómplice a la *intelligentsia* universitaria y literaria. Ninguna crítica es demasiado radical entre las *intelligentsias* postmodernistas, mientras se envuelva en un vacío de certidumbre. El escándalo, hace un siglo, residía en cualquier negación un poco provocadora; hoy reside en cualquier afirmación que no tiemble.

Ningún orden social puede fundarse a la larga en el principio de que nada es cierto. Por lo tanto, hay que *sostenerlo*. La aplicación, actualmente, del concepto de «seguridad» a cualquier cosa expresa el proyecto de incorporar en los propios seres, en las conductas y en los lugares el orden ideal al que ya no están dispuestos a someterse. «Nada es verdad» no dice nada del mundo, pero lo dice todo del concepto occidental de verdad. La verdad, aquí, no se concibe como un atributo de los

seres o las cosas, sino de su representación. Se considera como verdadera una representación conforme a la experiencia. La ciencia es, en última instancia, el imperio de la verificación universal. Ahora bien, todas las conductas humanas, desde las más ordinarias a las más eruditas, descansan sobre una base de evidencias desigualmente formuladas; todas las prácticas parten de un punto en que las cosas y las representaciones están indistintamente ligadas; en toda vida interviene siempre una dosis de verdad que ignora el concepto occidental. En este sentido se habla de la «gente sencilla»: se hace siempre para burlarse de los simples. De ahí que los occidentales sean considerados por aquéllos a los que han colonizado como mentirosos e hipócritas. De ahí que se les envidie lo que *tienen*, su desarrollo tecnológico, pero nunca lo que *son*, que se desprecia con toda la razón. No se podría enseñar Sade, Nietzsche y Artaud en los institutos si no se hubiera descalificado de antemano la noción de verdad. Limitar continuamente todas las afirmaciones, desactivar paso a paso todas las certidumbres que fatalmente salen a la luz, tal es el largo trabajo de la inteligencia occidental. La policía y la filosofía son dos medios convergentes para conseguirlo, aunque formalmente distintos.

Por supuesto el imperialismo de lo relativo encuentra en cualquier dogmatismo vacío, en

cualquier marxismo-leninismo, en cualquier salafismo, en cualquier neonazismo, un adversario a su medida: alguien que, como los occidentales, confunde afirmación y provocación.

En este punto, una contestación estrictamente social, que rechace ver que aquello a lo que nos enfrentamos no es la crisis de la sociedad, sino la extinción de una civilización, se vuelve por tanto cómplice de su perpetuación. Es una estrategia corriente hoy en día criticar la sociedad con la vana esperanza de salvar la civilización.

Ahí está. Llevamos un muerto a las espaldas, pero no es fácil deshacerse de él. No hay nada que esperar del fin de la civilización, de su muerte clínica. En sí misma, sólo puede interesar a los historiadores. Es un *hecho*, y hay que hacer de ello una *decisión*. Los hechos son eludibles, la decisión es política. Decidir la muerte de la civilización, afrontarla como vengá: sólo la decisión nos quitará el muerto de encima.



Citoyens, encore un effort!

## EN MARCHA

YA NO PODEMOS siquiera imaginarnos por dónde comienza una insurrección. Sesenta años de pacificación, de suspensión de las convulsiones históricas, sesenta años de anestesia democrática y de control de los acontecimientos han debilitado en nosotros una cierta percepción abrupta de lo real, el sentido partisano de la guerra en curso. Para empezar, ésta es la percepción que hay que recuperar.

No hay que *indignarse* porque desde hace cinco años se aplique una ley tan notoriamente anti-constitucional como la Ley sobre la Seguridad Cotidiana.<sup>1</sup> No sirve protestar legalmente contra la implosión consumada del marco legal. Hay que organizarse en consecuencia.

No hay que *comprometerse* con tal o cual colectivo ciudadano, con tal o cual callejón sin salida de extrema izquierda, con la última impostura

1. Loi sur la sécurité quotidienne: ley sobre la seguridad aprobada en el año 2001 tras el 11-s.

asociativa. Todas las organizaciones que pretenden cuestionar el orden actual tienen, en una versión más pantomímica, la forma, las maneras y el lenguaje de Estados en miniatura. Todas las veleidades de «hacer otra política» sólo han contribuido, a día de hoy, a la extensión indefinida de los seudópodos estatales.

Ya no hay que *reaccionar* ante las noticias diarias, sino comprender cada información como una operación en un campo hostil de estrategias a descifrar, operación destinada precisamente a suscitar en unos u otros, tal o cual tipo de reacción; y considerar esta operación como la verdadera información contenida en la información aparente.

Ya no hay que *esperar* —una iluminación, la revolución, el apocalipsis nuclear o un movimiento social—. Seguir esperando es una locura. La catástrofe no es lo que viene, sino lo que hay. Nosotros nos situamos, desde ahora y en adelante, *en* el movimiento de derrumbe de una civilización. Es ahí donde hay que tomar partido.

Dejar de esperar es, de un modo u otro, entrar en la lógica insurreccional. Es volver a oír, en la voz de nuestros gobernantes, el ligero temblor de terror que nunca les abandona. Pues gobernar no ha sido nunca otra cosa que retrasar mediante mil subterfugios el momento en que la multitud te atraparé, y todo acto de gobierno es



tan sólo un modo de no perder el control sobre la población.

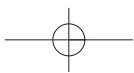
Partimos de un punto de extremo aislamiento, de extrema impotencia. Todo el proceso insurreccional está por construir. Nada parece menos probable que una insurrección, pero nada resulta más necesario.



Non enim est in carendo difficultas, nisi



cum est in habendo cupiditas.



## ENCONTRARSE

*Aferrarse a lo que se siente como verdadero.  
Partir de ahí.*

UN ENCUENTRO, un descubrimiento, un vasto movimiento de huelga, un terremoto: todo acontecimiento produce verdad, alterando nuestra manera de estar en el mundo. A la inversa, una constatación que nos deja indiferentes, que nos deja como estábamos, que no compromete a nada, no merece el nombre de verdad. Hay una verdad que subyace a cada gesto, a cada práctica, a cada relación, a cada situación. Lo habitual es eludirla, *controlar* la situación, lo cual provoca el extravío característico de la mayoría en esta época. De hecho, una cosa está en la otra. El sentimiento de vivir en la mentira es también una verdad. Se trata de no ignorarlo, incluso de partir de ahí. Una verdad no es una visión del mundo, sino lo que nos mantiene ligados a él de manera irreductible. Una verdad no es algo que se detenta, sino algo que nos lleva. Me hace y me deshace, me constituye y me destituye como indi-

viduo, me aleja de muchos y me acerca a quienes la sienten. El ser aislado que se aferra a ella encuentra fatalmente a algunos de sus semejantes. De hecho, todo proceso insurreccional parte de una verdad sobre la que no se cede. En Hamburgo, en los años ochenta, un puñado de habitantes de una casa ocupada decidió que, en adelante, sería necesario pasar por encima de su cadáver para expulsarlos. El barrio fue sitiado por tanques y helicópteros, hubo días de batallas callejeras, manifestaciones bestiales, y la alcaldía, finalmente, capituló. Georges Guingouin, el «primer maqui de Francia», sólo tuvo como punto de partida, en 1940, la certeza de su rechazo de la Ocupación. Por aquel entonces sólo era, para el Partido comunista francés, un «loco que vive en el bosque»; hasta que fueron veinte mil locos viviendo en el bosque, y liberaron Limoges.

*No retroceder ante lo que toda amistad  
conlleva de política.*

Se nos ha inculcado una idea neutra de la amistad, como puro afecto sin consecuencias. Pero toda afinidad es afinidad *en* una verdad común. Todo encuentro es encuentro *en* una afirmación común, aunque sea en la de la destrucción. Uno no se vincula inocentemente a una época en la que desear algo y no desistir de ello conduce habitualmente al

paro, en la que hay que mentir para trabajar, y trabajar, luego, para conservar los recursos de la mentira. Unos seres que, partiendo de la física cuántica, se prometiesen extraer todas las consecuencias de todos los ámbitos no se vincularían de manera menos política que unos camaradas que llevan a cabo una lucha contra una multinacional del sector agroalimentario. Serían conducidos, tarde o temprano, a la desertión, y al combate.

Los iniciadores del movimiento obrero tenían el taller, y después la fábrica, para encontrarse. Tenían la huelga para contarse y desenmascarar a los esquirols. Tenían la relación salarial, que enfrenta al partido del Capital y al partido del Trabajo, para trazar unas solidaridades y unos frentes a escala mundial. Nosotros tenemos la totalidad del espacio social para encontrarnos. Tenemos las conductas cotidianas de insumisión para contarlos y desenmascarar a los esquirols. Tenemos la hostilidad hacia esta civilización para trazar unas solidaridades y unos frentes a escala mundial.

*No esperar nada de las organizaciones.  
Desconfiar de todos los círculos existentes,  
y sobre todo de convertirse en uno.*

No es raro que, a lo largo de una desafiliación consecuente, uno se cruce con las organizaciones —po-

líticas, sindicales, humanitarias, asociativas, etcétera—. Ocurre incluso que uno se cruza con algunos seres sinceros, pero desesperados, o entusiastas, pero granujas. El atractivo de las organizaciones reside en su consistencia aparente: tienen una historia, una sede, unos medios, un jefe, una estrategia y un discurso. No dejan de ser arquitecturas vacías, cuyos heroicos orígenes proporcionan un limitado respeto. En cualquier asunto y en cualquiera de sus escalafones, se ocupan en primer lugar de su supervivencia como organizaciones, y de nada más. Así, sus traiciones repetidas les han hecho perder, generalmente, la adhesión de sus propias bases. Y por eso encontramos a veces en ellas seres estimables; pero la promesa que contiene el encuentro no podrá realizarse más que fuera de la organización y, necesariamente, contra ella.

Bastante más temibles son los *círculos*, con su textura flexible, sus cotilleos y sus jerarquías informales. Hay que rehuir cualquier círculo. Cada uno de ellos parece estar encargado de la neutralización de una verdad. Los círculos literarios están ahí para acallar la evidencia de los escritos. Los círculos libertarios, la de la acción directa. Los círculos académicos, para reprimir lo que sus investigaciones implican hoy para la mayoría. Los círculos deportivos, para contener en sus gimnasios los diferentes modos de vida que deberían engendrar las diferentes formas de deporte. Hay que re-



huir particularmente los círculos culturales y los círculos militantes. Son los dos morideros a los que van a parar tradicionalmente todos los deseos de la revolución. La tarea de los círculos culturales es identificar las intensidades nacientes y sustraeros, exponiéndolo, el sentido de lo que hacéis; la tarea de los círculos militantes es despojaros de la energía para hacerlo. Los círculos militantes extienden su entramado difuso por todo el territorio francés, se cruzan en el camino de todo devenir revolucionario. Sólo son portadores de sus muchos fracasos, y de la amargura que les generan. La usura, como el exceso de impotencia, les ha vuelto ineptos para captar las posibilidades del presente. Por lo demás, en ellos se habla demasiado a fin de amueblar una pasividad infeliz; y eso los hace policialmente poco seguros. De la misma forma que es vano esperar cualquier cosa de ellos, resulta estúpido estar decepcionado con su esclerosis. Basta con dejar que se consuman.

Todos los círculos son contrarrevolucionarios, porque su única ocupación es preservar su malestar.

### *Constituirse en comunas*

La comuna es lo que ocurre cuando unos seres se encuentran, se entienden y deciden caminar jun-

tos. La comuna es quizás lo que se decide en el momento en que sería usual separarse. Es la alegría del encuentro que sobrevive a la extinción del rigor. Es lo que hace que se diga «nosotros» y que sea todo un acontecimiento. Lo extraño no es que unos seres que concuerdan formen una comuna, sino que permanezcan separados. ¿Por qué las comunas no habrían de multiplicarse hasta el infinito? En cada fábrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¿Por fin el reino de los comités de base! Pero unas comunas que aceptasen ser lo que son allí donde lo son. Y si es posible, una multiplicidad de comunas que substituyeran a las instituciones de la sociedad: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etcétera. Unas comunas que no temieran, más allá de sus actividades propiamente políticas, organizarse para la supervivencia material y moral de cada uno de sus miembros y de todos los colgados que les rodean. Unas comunas que no se definieran —como suelen hacer los colectivos— por un dentro y un fuera, sino por la densidad de los vínculos en su seno. No por las personas que las componen, sino por el espíritu que las anima.

Una comuna se forma cada vez que unos cuantos, libres del corsé individual, comienzan a contar sólo consigo mismos y a medir sus fuerzas con la realidad. Toda huelga salvaje es una comuna, toda casa ocupada colectivamente sobre unas

bases claras es una comuna, los comités de acción del 68 eran comunas como lo eran los pueblos de esclavos cimarrones en los Estados Unidos, o también Radio Alicia, en Bolonia, en 1977. Toda comuna quiere ser, en sí misma, su propia base. Quiere disolver la cuestión de las necesidades. Quiere romper, al mismo tiempo que con cualquier dependencia económica, con toda sujeción política, y degenera en círculo desde el momento en que pierde el contacto con las verdades que la fundan. Hay todo tipo de comunas, que no esperan a ser suficientes en número, ni a tener los medios, y menos aún al «buen momento» que no llega nunca, para organizarse.



This is London calling!

## ORGANIZARSE

### *Organizarse para no tener que trabajar más*

LOS CHOLLOS escasean y, a decir verdad, suele ser una pérdida de tiempo empeñarse en conseguir uno. Además, se distinguen por unas mediocres condiciones de siesta y de lectura.

Es sabido que el individuo existe tan poco que debe *ganarse la vida*, que debe cambiar su tiempo por un poco de existencia social. Tiempo personal por existencia social: así es el trabajo, así es el mercado. El tiempo de la comuna escapa de golpe al trabajo, no entra en ese juego, sino que prefiere otros. Algunos grupos de piqueteros argentinos obtienen colectivamente una especie de ingreso mínimo a cambio de algunas horas de trabajo: no hacen las horas estipuladas, ponen en común sus ganancias, se dotan de talleres de confección, de una panadería y ponen en marcha los huertos que necesitan.

Se sale a buscar dinero para la comuna, en ningún caso para ganarse la vida. Todas las comunas

tienen su caja de dinero negro. Las argucias son múltiples. Además del RMI, están los subsidios, las bajas por enfermedad, las becas de estudio simultáneas, las ayudas percibidas por maternidades ficticias, todo tipo de amaños y muchos otros medios que nacen con cada mutación del control. No nos corresponde a nosotros defenderlos, ni instalarnos en estos refugios de fortuna o preservarlos como un privilegio de iniciado. Lo que es importante es cultivar, difundir esta necesaria disposición al fraude y compartir las innovaciones en este sentido. Para las comunas, la cuestión del trabajo sólo se plantea en función de los otros ingresos existentes. No hay que ignorar los conocimientos útiles que de paso procuran ciertos oficios, formaciones o puestos bien situados.

La exigencia de la comuna es liberar el mayor tiempo posible para todos. Exigencia que no se computa, única ni esencialmente, en *número de horas vírgenes* de toda explotación salarial. El tiempo liberado no equivale a estar de vacaciones. El tiempo desocupado, el tiempo muerto, el tiempo del vacío y del miedo al vacío, es el tiempo del trabajo. Ya no hay, a partir de ese momento, un tiempo que *llenar*, sino una liberación de energía que ningún «tiempo» limita; unas líneas que se perfilan, que destacan, que podemos seguir con calma, hasta el final, hasta verlas cruzarse con otras.

*Saquear, cultivar, inventar*

Antiguos trabajadores de Metaleurop<sup>1</sup> se hacen atracadores en vez de carceleros. Empleados de EDF facilitan a sus allegados lo necesario para trucar los contadores. El material «caído del camión» se revende en un abrir y cerrar de ojos. Un mundo que se proclama tan abiertamente cínico no podía esperar mucha lealtad por parte de los proletarios.

Por un lado, una comuna no puede contar con la perpetuidad del «Estado del bienestar»; por otro lado, no puede pensar que vivirá mucho tiempo del hurto en las tiendas, de la recuperación de las basuras de los supermercados o, por la noche, de los almacenes de las zonas industriales, de la malversación de subvenciones, de las estafas a las aseguradoras y otros fraudes; en resumen, del pillaje. Debe preocuparse, por tanto, de incrementar continuamente el nivel y la extensión de su autoorganización. Lo más lógico sería que los tornos, las fresadoras y las fotocopiadoras vendidas a precio de saldo al cierre de una fábrica sirviesen a cambio para apoyar alguna conspiración contra la sociedad de mercado.

El sentimiento de la inminencia de la caída está, hoy en día, tan vivo en todas partes que cuesta trabajo enumerar los experimentos que se lle-

1. Metaleurop: empresa metalúrgica francesa.

van a cabo en lo relativo a la construcción, la energía, los materiales, el ilegalismo o la agricultura. Hay ahí todo un conjunto de saberes y de técnicas que sólo espera a ser saqueado y arrancado de su embalaje moralista, *caillera*<sup>2</sup> o ecologista. Pero este conjunto sólo es una parte de todas las intuiciones, de todas las habilidades, de este ingenio propio de los barrios de chabolas que tendremos que desplegar si pretendemos repoblar el desierto metropolitano y asegurar la viabilidad a medio plazo de una insurrección.

¿Cómo comunicarse y moverse en una interrupción total de los flujos? ¿Cómo restaurar los cultivos alimentarios de las zonas rurales hasta que puedan soportar de nuevo las densidades de población que aún tenían hace sesenta años? ¿Cómo transformar unos espacios asfaltados en huertos urbanos, como ha hecho Cuba para enfrentarse al embargo americano y a la caída de la URSS?

### *Formar y formarse*

A nosotros que tanto hemos utilizado los *hobbies* autorizados por la democracia mercantil, ¿qué

2. *Caillera*: término en *verlan* (argot, particularmente usado en los suburbios, que resulta de invertir las sílabas de las palabras) para *racaille*, que significa «chusma».



nos ha quedado de ellos? ¿Qué es lo que nos empujó un día a salir a hacer *footing* el domingo por la mañana? ¿Qué es lo que hace seguir adelante a todos esos fanáticos del kárate, a todos esos locos por el bricolaje, la pesca o la micología? ¿Qué, sino la necesidad de rellenar una completa ociosidad, de reconstituir su fuerza de trabajo o el «capital en salud»? La mayoría de los pasatiempos podrían despojarse fácilmente de su carácter absurdo y convertirse en algo más que pasatiempos. El boxeo no ha estado siempre reservado a hacer demostraciones para un telemaratón o a ofrecer combates con una despampanante puesta en escena. La China de principios del siglo xx, despedazada por las hordas de colonos y hambrienta a causa de las largas sequías, vio organizarse a miles de campesinos pobres en torno a innumerables clubes de boxeo a cielo abierto para recuperar lo que los ricos y los colonos les habían expoliado. Fue la revuelta de los boxers. Nunca será demasiado pronto para aprender y practicar lo que unas épocas menos pacificadas, menos previsibles requerirían de nosotros. Nuestra dependencia de la metrópolis —su medicina, su agricultura, su policía— es ahora tan grande que no podemos atacar sin ponernos en peligro a nosotros mismos. Es la conciencia no formulada de esta vulnerabilidad la que provoca la autolimitación espontánea de los movimientos sociales actuales, la que hace temer

las crisis y desear la «seguridad». Es por ella que las huelgas han cambiado el horizonte de la revolución por el de la vuelta a la normalidad. Liberarse de esta fatalidad exige un largo y consistente proceso de aprendizaje, de experimentaciones múltiples, masivas. Se trata de saber pelearse, abrir las cerraduras con una ganzúa, curar las fracturas así como las anginas, construir una emisora de radio pirata, montar comedores callejeros y apuntar bien, pero también de reunir los saberes dispersos y constituir una agronomía de guerra, comprender la biología del plancton, la composición de los suelos, estudiar las asociaciones de plantas y recuperar así las intuiciones perdidas, todos los usos, todos los vínculos posibles con nuestro entorno inmediato y los límites más allá de los cuales lo agotamos. Todo ello desde hoy mismo, y de cara a los días en que nos hará falta sacar de ahí más que una mera parte simbólica de nuestros alimentos y necesidades.

*Crear territorios. Multiplicar las zonas de opacidad.*

Cada vez más reformistas están de acuerdo hoy en día en que, dada la «proximidad del *peak oil*», y «a fin de reducir las emisiones de gas de efecto invernadero», va a ser necesario «relocalizar la economía», favorecer el aprovisionamiento lo-

cal, los circuitos cortos de distribución, renunciar a la facilidad de las importaciones lejanas, etcétera. Lo que olvidan es que lo propio de aquello que se hace localmente en materia de economía es que se haga *en negro*, de manera «informal»; que esta simple medida ecológica de relocalización de la economía implica nada menos que librarse del control del Estado, o someterse a él sin reservas.

El territorio actual es el producto de varios siglos de operaciones policiales. Se expulsó a la gente de sus campos; después, de sus calles; después, de sus barrios y, finalmente, de los vestíbulos de los edificios en los que viven, con la esperanza absurda de contener cualquier atisbo de vida entre las cuatro paredes rezumantes de lo privado. La cuestión del territorio no se plantea para nosotros de la misma manera que para el Estado. No se trata de *poseerlo*. De lo que se trata es de densificar localmente las comunas, los tránsitos y las solidaridades hasta tal punto que el territorio se vuelva ilegible, opaco a toda autoridad. No es cuestión de ocupar, sino de *ser* el territorio.

Cada práctica hace existir un territorio —territorio del trapicheo de drogas o de la caza, territorio de los juegos para niños, de los enamorados o de la revuelta, territorio del campesino, del ornitólogo o del paseante—. La regla es simple: cuantos más territorios superpuestos haya en una

zona determinada, más circulación habrá entre ellos, y menos influencia tendrá el poder. Bares, imprentas, gimnasios, solares, puestos de librerías, tejados de edificios, mercados improvisados, kebabs y talleres mecánicos pueden escapar fácilmente a su vocación oficial a poco que se establezcan suficientes complicidades entre ellos. La autoorganización local, al superponer su propia geografía sobre la cartografía estatal, la enmaraña, la anula; produce su propia secesión.

*Viajar. Trazar nuestras propias vías de comunicación.*

El principio de las comunas no consiste en oponer, a la metrópolis y su movilidad, el arraigo local y la lentitud. El movimiento expansivo de constitución de comunas debe adelantar soterradamente al de la metrópolis. No tenemos que rechazar las posibilidades de desplazamiento y de comunicación ofrecidas por las infraestructuras comerciales, sino simplemente conocer sus límites. Basta con ser lo bastante prudentes, lo bastante anodinos. Ir de visita es, por cierto, mucho más seguro, no deja rastro y forja vínculos más consistentes que cualquier lista de contactos en internet. El privilegio concedido a ciertos de nosotros de poder «circular libremente»

de un extremo a otro del continente, y sin gran dificultad por el mundo entero, es una baza no despreciable para establecer comunicación entre los focos de conspiración. Es una de las gracias de la metrópolis permitir a americanos, griegos, mejicanos y alemanes reunirse furtivamente en París el tiempo justo para una discusión estratégica.

El movimiento permanente entre las comunas amigas es una de las cosas que las preservan del desecamiento interno así como de la fatalidad de la renuncia. Acoger a camaradas, tenerse al corriente de las iniciativas, meditar sobre las experiencias y compartir las técnicas que se manejan hacen más por una comuna que los estériles exámenes de conciencia a puerta cerrada. Nos equivocáramos al subestimar las conclusiones decisivas que pueden salir de esas tardes trascurridas confrontando visiones sobre la guerra en curso.

### *Derribar, poco a poco, todos los obstáculos*

Como sabemos, las calles rebosan de actos incívicos. Entre lo que son realmente y lo que deberían ser, está la fuerza centrípeta de todas las policías, que se esfuerzan en restablecer el orden; y enfrente estamos nosotros, es decir, el movimiento in-

verso, centrífugo. No podemos más que alegrarnos del arrebató y del desorden, donde quiera que surjan. No hay nada de sorprendente en que las fiestas nacionales, que ya no festejan nada, acaben a partir de ahora sistemáticamente mal. Radiante o desvencijado, el mobiliario urbano —pero, ¿dónde comienza y dónde acaba?— materializa nuestra desposesión común. Perseverante en su vacío, tan sólo pide volver de verdad. Contemplemos lo que nos rodea: todo ello espera a que llegue su hora, la metrópolis adquiere de repente un aire de nostalgia, como sólo lo tienen los campos en ruinas.

Si se vuelven metódicos, si se sistematizan, los actos incívicos confluyen en una guerrilla difusa, eficaz, que nos devuelve a nuestra ingobernabilidad y a nuestra indisciplina primordiales. Resulta inquietante que entre las virtudes militares reconocidas a los partisanos figure precisamente la indisciplina. De hecho, rabia y política no deberían haberse desligado nunca. Sin la primera, la segunda se pierde en el discurso; y sin la segunda, la primera se consume en alaridos. Palabras como «enfurecidos » o «exaltados» no reaparecen nunca en política sin disparos de advertencia.

En cuanto al método, retengamos del sabotaje el siguiente principio: un riesgo mínimo en la acción, un tiempo mínimo, un máximo de daños. En cuanto a la estrategia, se recordará que un obs-

táculo derribado, pero no invadido —un espacio liberado, pero no habitado— es fácilmente remplazado por otro obstáculo, más resistente y atacable.

No es necesario extenderse sobre los tres tipos de sabotaje obrero: ralentizar el trabajo, desde el «tranqui, con la calma» hasta la huelga de celo; romper las máquinas, o entorpecer su funcionamiento; divulgar los secretos de la empresa. Llevados a las dimensiones de la fábrica social, los principios de sabotaje se generalizan de la producción a la circulación. La infraestructura técnica de la metrópolis es vulnerable: sus flujos no consisten sólo en transportes de personas y de mercancías; informaciones y energías circulan también a través de redes de cables, fibras y cauces que es posible atacar. Sabotear con alguna consecuencia la máquina social implica hoy en día reconquistar y reinventar los medios para interrumpir sus redes. ¿Cómo dejar inutilizable una línea de TGV o una red eléctrica? ¿Cómo encontrar los puntos débiles de las redes informáticas, cómo generar interferencias en las ondas de radio y hacer que desaparezcan las imágenes de la pequeña pantalla?

En cuanto a los obstáculos serios, es falso tachar de imposible toda destrucción. Lo que de prometedor hay en ello reside y se resume en la apropiación del fuego, fuera de cualquier volun-

tarismo ciego. En el año 365 a. de C., Heróstrato quemó el templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. En nuestros tiempos de decadencia consumada, los templos sólo imponen la verdad fúnebre de que *ya son ruinas*.

Aniquilar esta nada no es en absoluto una triste tarea. El gesto hace reencontrar una nueva juventud. Todo cobra sentido, todo se ordena de repente, espacio, tiempo, amistad. Se recurre a cualquier medio, y se recuperan viejos usos —no somos más que medios—. En la miseria de estos tiempos, «joderlo todo» funciona quizás —no sin razón, hay que admitirlo— como última seducción colectiva.

*Rehuir la visibilidad.*

*Convertir el anonimato en posición defensiva.*

En una manifestación, un sindicalista le quita la capucha a alguien anónimo que acaba de romper un escaparate: «asume lo que haces en vez de esconderte». Ser visible es estar al descubierto, es decir, ante todo, ser vulnerable. Cuando los izquierdistas de todo el país no cesan de «visibilizar» su causa —la de los mendigos, la de las mujeres, la de los sin papeles— con la esperanza de que sea tomada en consideración, hacen exactamente lo contrario de lo que habría que hacer.



No hay que hacerse visible, sino usar en nuestro favor el anonimato al que hemos sido relegados y, mediante la conspiración, la acción nocturna o clandestina, hacer de él una inatacable posición de ataque. Las revueltas de noviembre de 2005 ofrecen el modelo. Sin líder, sin reivindicación, sin organización, pero con palabras, gestos, complicidades. No ser socialmente nada no es una condición humillante, la fuente de una trágica falta de reconocimiento —ser reconocido: ¿por quién?— sino, al contrario, la condición de una libertad de acción máxima. No reivindicar las malas acciones, utilizar únicamente siglas de pantomima —aún nos acordamos del efímero BAFT (Brigade Anti-Flic des Tarterêts)<sup>3</sup>— es una forma de preservar esta libertad. Sin ninguna duda, constituir un sujeto «*banlieue*» que sería el autor de las «revueltas de noviembre del 2005» fue una de las primeras maniobras defensivas del régimen. Sólo ver la cara de quienes *son alguien* en esta sociedad puede ayudar a comprender la alegría de no ser nadie.

Hay que rehuir la visibilidad. Pero una fuerza que se incorpora en la sombra no puede esquivarla para siempre. Se trata de aplazar nuestra aparición como fuerza hasta el momento oportuno. Pues cuanto más tarde nos encuentre la visibili-

3. BAFT: grupo de resistencia con nombre ficticio.

dad, más fuertes nos encontrará. Y una vez hemos entrado en la visibilidad, nuestro tiempo está contado. O bien estamos en condiciones de pulverizar su reino a corto plazo, o bien es él quien sin demora nos aplasta.

### *Organizar la autodefensa*

Vivimos bajo ocupación, bajo ocupación *policial*. Las redadas de sin papeles en plena calle, los coches banalizados surcando los bulevares, la pacificación de los barrios de la metrópolis mediante técnicas forjadas en las colonias, las declamaciones del ministro de Interior contra las «pandillas», dignas de la guerra de Argelia, nos lo recuerdan cada día. Son motivos suficientes para no seguir dejándose aplastar, para emprender la autodefensa.

A medida que crece y se irradia, una comuna ve poco a poco cómo las operaciones del poder toman por objetivo aquello que la constituye. Estos contraataques adoptan la forma de la seducción, de la recuperación y, como último recurso, de la fuerza bruta. La autodefensa debe ser para las comunas una evidencia colectiva, tanto práctica como teórica. Hacer frente a un arresto, reunir rápidamente a un buen número de personas contra los intentos de expulsión o poner a resguardo a uno de los nuestros, no se-

rán reflejos superfluos en los tiempos que vienen. No podemos reconstruir continuamente nuestras bases. Dejemos de denunciar la represión, preparémonos para ella.

El asunto no es sencillo pues, a medida que se espera un incremento de trabajo policial por parte de la población —de la delación a la participación ocasional en las milicias ciudadanas—, las fuerzas de la policía se van fundiendo con la multitud. El modelo más usado de intervención policial es ahora, incluso en situación de motín, el del madero de paisano. La eficacia de la policía durante las últimas manifestaciones contra el CPE procedía de los agentes de paisano que se mezclaban en el barullo, esperando el incidente para desvelarse: gas, porra, lanzapelotas, interrogatorio; todo ello en coordinación con los servicios del orden de los sindicatos. La simple posibilidad de su presencia basta para infundir sospechas entre los manifestantes: ¿quién es quién?, y para paralizar la acción. Admitiendo que una manifestación no es un medio para determinar cuántos somos sino un medio para actuar, tenemos que dotarnos de medios para desenmascarar a los policías de paisano, echarlos y, llegado el caso, arrebatarnos a aquéllos a quienes intentan detener.

La policía no es invencible en la calle, simplemente tiene los medios para organizarse, entre-

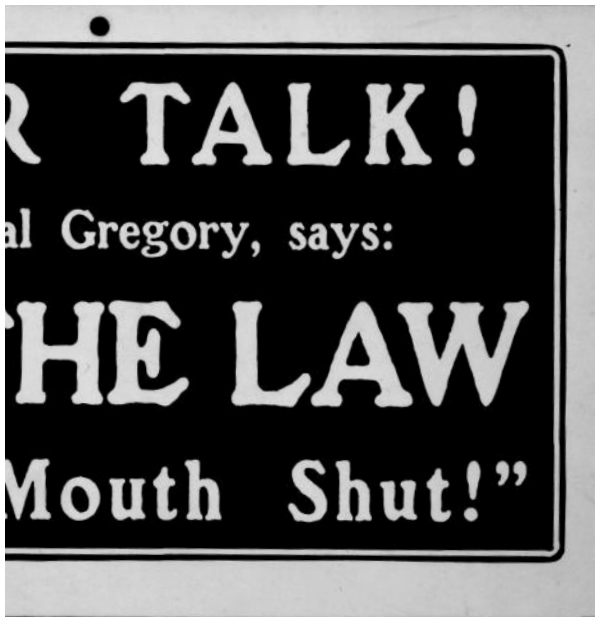
narse y probar continuamente nuevas armas. En comparación con las suyas, nuestras armas siempre serán más rudimentarias, artesanales y con mucha frecuencia improvisadas sobre el terreno. No pretenden en ningún caso rivalizar en potencia de fuego, sino que buscan mantener la distancia, distraer la atención, ejercer una presión psicológica o forzar un paso por sorpresa y ganar terreno. Está claro que toda la innovación desplegada en los centros de preparación para la guerrilla urbana de la gendarmería francesa no basta y no bastará, sin duda, jamás, para responder con suficiente rapidez a una multiplicidad movediza que puede golpear en distintos puntos a la vez y que, sobre todo, se esfuerza en mantener siempre la iniciativa.

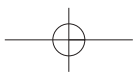
Es evidente que las comunas son vulnerables a la vigilancia y a las investigaciones policiales, a la policía científica y a los servicios secretos. Las oleadas de detenciones de anarquistas en Italia y de *ecowarriors* en Estados Unidos fueron propiciadas por escuchas telefónicas. Cualquier arresado ahora lugar a una toma de ADN y nutre un fichero cada vez más completo. Un ocupa barcelonés fue encontrado porque dejó huellas en las octavillas que repartía. Los métodos de identificación se mejoran continuamente, sobre todo gracias a la biometría. Y si el carnet de identidad electrónico se implantase, nuestra tarea sería sólo

más difícil. La Comuna de París había arreglado parcialmente el problema del control: quemando el ayuntamiento, los incendiarios destruían las fichas del registro civil. Falta encontrar la manera de destruir para siempre los datos informatizados.



*The Medium is the Massage.*







## INSURRECCIÓN

LA COMUNA ES la unidad elemental de la realidad partisana. Una escalada insurreccional no es quizás nada más que una multiplicación de comunas, su conexión y su articulación. Según el curso de los acontecimientos, las comunas se funden en entidades de mayor envergadura o, por el contrario, se fraccionan. Entre un grupo de hermanas y hermanos juntos «hasta que la muerte los separe» y la reunión de una multiplicidad de grupos, de comités, de bandas para organizar el abastecimiento y la autodefensa de un barrio, o de una región sublevada, no hay más que una diferencia de tamaño; son indistintamente comunas.

Cualquier comuna tiende a la autosubsistencia y a percibir en su seno el dinero como algo irrisorio y, a decir verdad, fuera de lugar. La fuerza del dinero consiste en formar un vínculo entre aquellos que no tienen vínculos, en vincular a los extraños *como* extraños y, por esa vía, equiparando unas cosas con otras, ponerlo todo en circulación. La capacidad del dinero para vincularlo

todo se paga con la superficialidad de ese vínculo, en el que la mentira es la regla. La desconfianza es el fondo de la relación de crédito. El reino del dinero debe ser siempre, en consecuencia, el reino del control. La abolición práctica del dinero sólo puede realizarse a través la extensión de las comunas, y ésta debe obedecer en cada caso a la preocupación por no superar un cierto tamaño más allá del cual pierde contacto con ella misma, y suscita, de manera casi indefectible, una casta dominante. La comuna preferirá entonces escindirse y de este modo extenderse, al mismo tiempo que previene un final desdichado.

La sublevación de la juventud argelina, que afectó a toda la Kabília en la primavera de 2001, se convirtió en un asalto cuasi total del territorio, con el ataque a las gendarmerías, los tribunales y todas las representaciones del Estado, y la generalización de la revuelta, hasta provocar la retirada unilateral de las fuerzas del orden e impedir físicamente que se celebrasen las elecciones. La fuerza del movimiento residió en la complementariedad difusa entre unos componentes múltiples —que sólo fueron muy parcialmente representados en las interminables y desesperadamente masculinas asambleas de los comités de pueblo y otros comités populares—. Las «comunas» de la todavía estremecedora insurrección argelina adoptan ya el rostro de esos jóvenes «colgados» que llevan

gorra y lanzan bombonas de gas contra la policía desde el techo de un edificio de Tizi Ouzou, ya la sonrisa pícara de un viejo guerrillero cubierto con una chilaba, ya la energía de las mujeres de un pueblo de montaña que sacan adelante, contra viento y marea, los cultivos y la cría tradicionales, sin los cuales los bloqueos de la economía de la región nunca habrían sido tan repetidos ni tan sistemáticos.

*Aprovechar cualquier crisis*

«Hay que añadir además que no sería posible tratar al conjunto de la población francesa. Será necesario, por tanto, tomar decisiones.» Así es como un experto en virología resumía en *Le Monde* lo que ocurriría en caso de pandemia de gripe aviar, el 7 de septiembre de 2005. «Amenazas terroristas», «catástrofes naturales», «alertas virales», «movimientos sociales» y «violencia urbana» son para los dirigentes de la sociedad momentos de inestabilidad en los que asientan su poder mediante la selección de lo que les complace y la eliminación de lo que les molesta. Lógicamente, es también la oportunidad para cualquier otra fuerza de agruparse o reforzarse, tomando el partido contrario. La interrupción de los flujos de mercancías, la suspensión de la normalidad —basta ver cómo rea-

parece la vida social en un edificio repentinamente privado de electricidad para imaginar en lo que podría convertirse la vida en una ciudad privada de todo— y del control policial liberan unas potencialidades de autoorganización impensables en otras circunstancias. Eso no se le escapa a nadie. El movimiento obrero revolucionario lo comprendió bien e hizo de las crisis de la economía burguesa los puntos fuertes de su ascenso. Hoy en día los partidos islámicos no son tan fuertes en ningún sitio como allí donde han sabido suplir con inteligencia la debilidad del Estado; ejemplos de ello son la organización del auxilio a las víctimas del terremoto de Burmedes en Argelia o la asistencia cotidiana a la población del sur del Líbano destruido por el ejército israelí.

Como mencionábamos más arriba, la devastación provocada en Nueva Orleans por el huracán Katrina dio la oportunidad a toda una franja del movimiento anarquista norteamericano de adquirir una consistencia desconocida religando a todos aquellos que, negándose a abandonar el lugar, se resistieron al desplazamiento forzado. Los comedores al aire libre implican haber pensado previamente en el abastecimiento; la ayuda médica de urgencia, así con la instalación de radios libres, exige que se haya adquirido el saber y el material necesarios. La fecundidad política de tales experiencias queda garantizada por lo que éstas

contienen de alegría, de superación de la supervivencia individual y de realidad tangible no sometida al orden y al trabajo cotidianos.

En un país como Francia, en el que las nubes radioactivas se detienen en la frontera y en el que no se teme construir un centro de investigación contra el cáncer sobre el antiguo emplazamiento, clasificado como lugar de riesgo por la directiva Seveso, de la fábrica AZF,<sup>1</sup> no hay que contar tanto con las crisis «naturales» como con las crisis sociales. La mayor parte de las veces corresponde a los movimientos sociales interrumpir el curso normal del desastre. Es cierto que, en los últimos años, las distintas huelgas constituyeron ante todo oportunidades para que el poder y las direcciones de las empresas pusieran a prueba su capacidad para mantener un «servicio mínimo» cada vez más amplio, hasta reducir el cese del trabajo a su pura dimensión simbólica —apenas más perjudicial que una nevada o un suicida en las vías del tren—. Pero al trastocar las prácticas militantes al uso mediante la ocupación sistemática de establecimientos y el bloqueo obstinado, las luchas de los estudiantes de secundaria en 2005 y las luchas contra el CPE han recordado la capacidad

1. AZF (Azote Fertilisants): antigua fábrica de productos químicos situada en Toulouse que provocó una catástrofe en el año 2001 al estallar un depósito de nitratos.

de perjuicio y de ofensiva difusa que tienen los grandes movimientos. En todas las estelas que formaron a su paso, han dejado entrever bajo qué condiciones pueden los movimientos convertirse en el lugar de emergencia de nuevas comunas.

*Sabotear toda instancia de representación.*

*Generalizar la palabra.*

*Abolir las asambleas generales.*

Todo movimiento social encuentra el primer obstáculo, mucho antes que en la policía propiamente dicha, en las fuerzas sindicales y toda esa microburocracia cuya vocación es controlar las luchas. Las comunas, los grupos de base y las bandas desconfían espontáneamente de ellas. Es por ello que los paraburócratas inventaron hace veinte años las entidades coordinadoras que, con su ausencia de etiqueta, tienen un aire más inocente, pero que no dejan de ser el terreno ideal para sus maniobras. Si un colectivo descarriado pretende la autonomía, no pararán hasta vaciarlo de todo contenido, ignorando resueltamente las preguntas adecuadas. Son ariscos y se enfadan; no a causa de su pasión por el debate, sino en su vocación por conjurarlo. Y cuando su defensa encarnizada de la apatía puede con el colectivo, explican el fracaso por la falta de conciencia política. Hay que

decir que en Francia, gracias en particular a la actividad furibunda de las diferentes camarillas trotskistas, no es precisamente el arte de la manipulación política lo que falta entre la juventud militante. Ésta, desde luego, no ha sabido extraer de la revuelta incendiaria de noviembre del 2005 la siguiente lección: cualquier entidad coordinadora es superflua allí donde hay coordinación, las organizaciones siempre están de más allí donde la gente se organiza.

Otra reacción automática es, a la menor ocasión, hacer una asamblea general y votar. Es un error. El simple objetivo del voto, de la decisión que hay que alcanzar, basta para convertir la asamblea en una pesadilla, para hacer de ella el teatro en que se enfrentan todas las pretensiones al poder. Padecemos ahí el mal ejemplo de los parlamentos burgueses. La asamblea no está hecha para la decisión, sino para el debate, para la palabra libre ejerciéndose sin meta.

La disposición a juntarse es tan constante en los humanos, que es poco frecuente la necesidad de decidir. Reunirse responde al regocijo de sentir una fuerza común. Decidir sólo es vital en las situaciones de urgencia, en las que el ejercicio de la democracia es en cualquier caso compromiso. El resto del tiempo, el problema sólo reside, para los fanáticos del procedimiento, en el «carácter democrático del proceso de toma de decisión». No

se trata de criticar las asambleas o de desertar de ellas, sino de liberar la palabra, los gestos y los juegos entre los seres. Basta con ver que cada cual no acude únicamente con un punto de vista o una moción, sino con deseos, adhesiones, capacidades, fuerzas, tristezas y una cierta disponibilidad. Si se consigue romper así el fantasma de la Asamblea General en beneficio de una *asamblea de presencias*, si se consigue desbaratar la siempre renaciente tentación de la hegemonía, si se deja de considerar la decisión como finalidad, existe la posibilidad de que se produzca una de esas *tomas en masa*, uno de esos fenómenos de cristalización colectiva en los que una decisión toma a los seres, en su totalidad o únicamente en parte.

Ocurre lo mismo cuando se trata de decidir acciones. Partir del principio de que «la acción debe guiar el desarrollo de una asamblea» es imposibilitar tanto la efervescencia del debate como la acción eficaz. Una asamblea numerosa de gente que no se conoce se condena a producir especialistas de la acción, es decir, a abandonar la acción en pro de su control. Por un lado, los delegados están por definición limitados en su acción y, por otro, nada les impide engañar a todo el mundo.

No hay que establecer una forma ideal para la acción. Lo esencial es que la acción adopte una forma, que la suscite y no la padezca. Esto impli-



ca compartir una misma posición política, geográfica —como las secciones de la Comuna de París durante la Revolución Francesa— así como un mismo saber circulante. En lo relativo a decidir acciones, éste podría ser el principio: si cada uno va a reconocer el terreno, si se confirman los datos, la decisión llegará por sí misma; más que tomarla nosotros, ella nos tomará. La circulación del saber anula la jerarquía, iguala por arriba. La comunicación horizontal, proliferante, es también la mejor forma de coordinación de las diferentes comunas para acabar con la hegemonía.

*Bloquear la economía, pero ajustar nuestra capacidad de bloqueo a nuestro nivel de autorganización*

Finales de junio de 2006: en todo el estado de Oaxaca las ocupaciones de ayuntamientos se multiplican y los insurrectos ocupan edificios públicos. En algunos municipios, se expulsa a los alcaldes y se requisan los coches oficiales. Un mes más tarde, los accesos a ciertos hoteles y complejos turísticos son bloqueados. El ministro de Turismo habla de catástrofe «comparable con el huracán Wilma». Algunos años antes, el bloqueo se había convertido en una de las principales formas de acción del movimiento de revuelta argentino: los

diferentes grupos locales se prestaban auxilio mutuo bloqueando uno u otro eje de comunicación, amenazando continuamente, mediante su acción conjunta, con paralizar todo el país si sus reivindicaciones no eran satisfechas. Una amenaza así fue durante mucho tiempo una poderosa palanca en mano de los ferroviarios, camioneros, electricistas y empleados del gas. El movimiento contra el CPE no dudó en bloquear estaciones, circunvalaciones, fábricas, autopistas, supermercados e incluso aeropuertos. No hacían falta más de trescientas personas, en Rennes, para inmovilizar el desvío durante horas y provocar cuarenta kilómetros de atasco.

Bloquearlo todo es ahora la primera reacción de cualquiera que se levante contra el orden actual. En una economía deslocalizada, en la que las empresas funcionan con una producción ajustada, en la que el valor deriva de la conexión con la red, en la que las autopistas son eslabones de la cadena de producción desmaterializada que va de subcontratista en subcontratista y de allí a la fábrica de montaje, bloquear la producción es también bloquear la circulación.

Pero no se puede bloquear más de lo que lo permite la capacidad de avituallamiento y de comunicación de los insurrectos, la autoorganización efectiva de las diferentes comunas. ¿Cómo alimentarse una vez que todo se ha paralizado?

Saquear las tiendas, como se hizo en Argentina, tiene sus límites; por inmensos que sean los templos del consumo, no son despensas infinitas. Adquirir a largo plazo la capacidad para procurarse la subsistencia elemental implica por tanto apropiarse de los medios de su producción. Y a este respecto, parece completamente inútil esperar por más tiempo. Confiar a un dos por ciento de la población la tarea de producir la alimentación de todos los demás, como ocurre hoy en día, es una ineptitud tanto histórica como estratégica.

*Liberar el territorio de la ocupación policial.  
Evitar en la medida de lo posible  
el enfrentamiento directo.*

«Este asunto pone en evidencia que no tratamos con jóvenes que reclaman más política social sino con individuos que declaran la guerra a la República», apuntaba un policía lúcido a propósito de las recientes emboscadas. La ofensiva dirigida a liberar el territorio de la ocupación policial ya ha sido emprendida, y puede contar con las inagotables reservas de resentimiento que estas fuerzas han reunido en su contra. Los disturbios se apoderan poco a poco de los propios «movimientos sociales», no menos que de los juerguistas de Rennes quienes, durante el año 2005, se enfrentaron a

los CRS todos los jueves por la noche, o de los de Barcelona que recientemente, durante un botellón, devastaron una arteria comercial de la ciudad. En el movimiento contra el CPE se ha vuelto a usar con regularidad el cóctel molotov. Pero en este sentido, ciertas *banlieues* siguen siendo insuperables. Especialmente en esta técnica perpetuada desde hace ya tiempo: la emboscada. Por ejemplo, la del 13 de octubre de 2006 en Épinay: equipos de la BAC rondaban por las calles alrededor de las once de la noche, tras una llamada que informaba de un robo en un coche; a su llegada, uno de los equipos «se encontró bloqueado por dos vehículos atravesados en la carretera y por más de una treintena de individuos, pertrechados con barras de hierro y armas de mano, quienes lanzaron piedras al vehículo y utilizaron gas lacrimógeno contra los policías». A menor escala, pensamos en las comisarías de los barrios atacadas durante las horas de cierre: cristales rotos, coches quemados.

Uno de los logros de los últimos movimientos es que ahora una verdadera manifestación es «salvaje», esto es, no se declara a la prefectura. Como podemos *elegir el terreno*, tendremos cuidado, como el Black Bloc en Génova en 2001, de rodear las zonas de peligro, de rehuir el enfrentamiento directo y, decidiendo nosotros el trayecto, de pasear a la policía, tan sindical y pacifista, en vez de ser paseados por ella. Se vio entonces como un

millar de personas con determinación hizo retroceder a furgones enteros de *carabinieri* para finalmente incendiarlos. Lo importante no es tanto ser el que está mejor armado como tomar la iniciativa. La valentía no es nada, la confianza en la valentía propia lo es todo. Tomar la iniciativa contribuye a ello.

Todo incita, no obstante, a encarar las confrontaciones directas como puntos de fijación de las fuerzas adversas que permiten temporizar y atacar en otro lugar —incluso muy cerca—. No poder evitar una confrontación no impide que se convierta en una simple diversión. Hay que aplicarse a la coordinación aún más que a las acciones. Acosar a la policía es hacer que, aun estando en todas partes, no sea eficaz en ninguna.

Cada acto de acoso reanima esta verdad enunciada en 1842: «La vida del agente de policía es penosa; su posición en la sociedad es tan humillante y despreciada como el propio crimen ... La vergüenza y la infamia le acechan por todas partes, la sociedad lo expulsa de su seno, lo aísla como a un paria, sin remordimientos, sin arrepentimientos, sin piedad ... el carnet de policía que lleva en el bolsillo es un certificado de ignominia». El 21 de noviembre del 2006, los bomberos que se manifestaban en París atacaron a los CRS a golpes de martillo e hirieron a quince de ellos. Eso para recordar que «tener la vocación de ayudar» no po-

drá ser nunca una excusa válida para incorporarse a la policía.

*Estar armados. Hacer todo lo posible para que su uso resulte superfluo. Frente al ejército, la victoria es política.*

No hay insurrección pacífica. Las armas son necesarias: se trata de hacer todo lo posible para que su uso resulte superfluo. Una insurrección es antes una toma de armas, una «permanencia armada», que un paso a la lucha armada. Es imprescindible distinguir entre el armamento y el uso de las armas. Las armas son una constante revolucionaria, aunque su utilización sea poco frecuente, o poco decisiva, en los momentos de gran cambio: 10 de agosto de 1792, 18 de marzo de 1871, octubre de 1917. Cuando el poder está por los suelos, basta con pisotearlo.

En la distancia que nos separa de esas fechas, las armas han adquirido un doble carácter de fascinación y de repulsión, que sólo su manejo permite superar. Un auténtico pacifismo no puede significar rechazo de las armas, sino tan sólo de su uso. Ser pacifista sin poder disparar no es más que la teorización de una impotencia. Este pacifismo a priori se corresponde con una especie de desarme preventivo; es una pura operación policial. En

realidad, la cuestión pacifista no se plantea seriamente más que para quien tiene el poder de hacer fuego. Y en este caso, el pacifismo será, al contrario, un acto de poder pues únicamente desde una extrema posición de fuerza es posible liberarse de la necesidad de disparar.

Desde un punto de vista estratégico, la acción indirecta, asimétrica, parece la más provechosa, la más adaptada a la época: no se ataca frontalmente a un ejército de ocupación. Sin embargo, la perspectiva de una guerrilla urbana a lo iraquí, que se estancarían sin posibilidad de ofensiva, es más temible que deseable. La *militarización* de la guerra civil es el fracaso de la insurrección. Por mucho que triunfasen los rojos en 1921, la Revolución rusa ya estaba perdida.

Hay que encarar dos tipos de reacciones por parte del Estado. Una de franca hostilidad y otra más pícaro, democrática. La primera apela a la destrucción sin miramientos; la segunda a una hostilidad sutil, pero implacable: sólo espera a enrolarnos. Se puede ser derrotado tanto por la dictadura como por el hecho de quedar reducido a oponerse sólo a la dictadura. La derrota consiste tanto en perder la guerra como en perder la *elección* de la guerra que se quiere llevar a cabo. Por lo demás, ambas son posibles, como demuestra la España del 36: los revolucionarios fueron doblemente derrotados, por el fascismo y por la República.

En el momento en que las cosas se ponen serias, el ejército ocupa el territorio. Su entrada en acción resulta menos evidente. Para eso haría falta un Estado decidido a cometer una carnicería, lo cual sólo está a la orden del día como amenaza, un poco como el empleo de la bomba nuclear desde hace medio siglo. Así y todo, herida desde hace tiempo, la bestia estatal es peligrosa; frente al ejército, se necesita una masa numerosa, invadiendo las filas y confraternizando. Se necesita el 18 de marzo de 1871. El ejército en las calles es una situación insurreccional. El ejército en acción es el final precipitándose. Todo el mundo se ve obligado a tomar posición, a elegir entre la anarquía y el miedo a la anarquía. Una insurrección sólo puede triunfar como fuerza política. Políticamente, no es imposible vencer a un ejército.

### *Deponer localmente a las autoridades*

Lo que importa, para una insurrección, es que se haga irreversible. La irreversibilidad se alcanza cuando se ha vencido, al mismo tiempo que a las autoridades, a la necesidad de autoridad; al mismo tiempo que a la propiedad, al afán de apropiación; al mismo tiempo que a toda hegemonía, al deseo de hegemonía. Es por ello que el proceso insurreccional contiene en sí mismo la forma de



su victoria, o la de su fracaso. En materia de irreversibilidad, la destrucción nunca ha sido suficiente. Todo está en la forma. Hay modos de destruir que provocan indefectiblemente el regreso de aquello que se ha aniquilado. Quien se ceba con el cadáver de un orden se asegura de suscitar la vocación de vengarlo. Por tanto, allí donde la economía queda bloqueada o la policía neutralizada, es importante poner el menor *pathos* posible en la destitución de las autoridades. Hay que deponeirlas con una naturalidad y una displicencia escrupulosas.

A la descentralización del poder corresponde, en esta época, el fin de las centralidades revolucionarias. Sin duda, existen todavía palacios de invierno, pero están más destinados al asalto de los turistas que al de los insurrectos. Hoy en día, es posible tomar París, o Roma, o Buenos Aires sin tener que aplazar la decisión. La toma de Rungis<sup>1</sup> sería ciertamente más efectiva que la del Eliseo. El poder ya no se concentra en un lugar del mundo, es el mundo mismo, sus flujos y sus avenidas, sus hombres y sus normas, sus códigos y sus tecnologías. El poder es la propia organización de la metrópolis. Es la totalidad impecable del mundo de la mercancía en cada uno de sus puntos. Por eso

1. Rungis: municipio cercano a París conocido por albergar el mayor mercado de productos frescos del mundo.

quien lo derrota localmente produce a través de las redes una onda de choque planetaria. Los asalantantes de Chichy-sous-Bois alegraron más de un hogar americano y los insurgentes de Oaxaca encontraron cómplices en pleno centro de París. Para Francia, la pérdida de centralidad del poder significa el fin de la centralidad revolucionaria parisina. Cada nuevo movimiento después de las huelgas de 1995 lo confirma. Ya no es allí donde surgen los planes más osados, más consistentes. Para terminar, París sólo se distingue ya como simple blanco de razia, como puro terreno de pillaje y devastación. Son unas breves y brutales incursiones venidas de otros lugares las que atacan el punto de máxima densidad de los flujos metropolitanos. Son regueros de rabia que jalonan el desierto de esta abundancia facticia, y se desvanecen. Llegará el día en que esta abominable concreción del poder que es la capital quede completamente arruinada, pero eso será al término de un proceso que estará en todas partes más avanzado que allí.

*¡Todo el poder a las comunas!*

*En el metro, ya no hay rastro del velo de desasosiego que traba habitualmente los gestos de los pasajeros. Los desconocidos se hablan, ya no se abordan. Una*

*banda en conciliábulo en la esquina de una calle. En los bulevares, aglomeraciones mayores discuten con seriedad. Los asaltos se suceden de ciudad en ciudad, día tras día. Otro cuartel ha sido saqueado y quemado. Los habitantes de un hogar desalojado han dejado de tratar con el ayuntamiento: lo habitan. En un acceso de lucidez, un jefe de equipo acaba de desmoralizar, en plena reunión, a un puñado de colegas. Los archivos que contienen la dirección personal de todos los policías y gendarmes así como de los empleados de la administración penitenciaria acaban de filtrarse, provocando una ola sin precedentes de mudanzas precipitadas. En la antigua tienda-bar del pueblo, uno aporta el excedente de lo que produce y se procura lo que le falta. Allí se celebran también las reuniones para discutir sobre la situación general y sobre el material necesario para el taller mecánico. La radio mantiene a los insurgentes informados del retroceso de las fuerzas gubernamentales. Un proyectil acaba de destrozarse el recinto de la prisión de Clairvaux. Imposible decir si ha pasado un mes o años desde que los «acontecimientos» comenzaron. El primer ministro parece muy solo con sus llamamientos a la calma.*

